

## La persecución neroniana de los cristianos tras el incendio de Roma (Tácito, *Anales XV*)

### *The Neronian persecution of Christians after the fire of Rome (Tacitus, Annals, XV)*

**David Álvarez Cineira**

Estudio Teológico Agustiniano  
Valladolid

Recibido: 15 noviembre 2018

Aceptado: 19 diciembre 2018

*Resumen:* El texto de Tácito sobre el incendio de Roma y la persecución neroniana constituye uno de los textos más antiguos de la historiografía romana sobre los cristianos y ha sido objeto de innumerables hipótesis por lo controvertido del mismo. B. Shaw, recientemente, ha considerado la persecución neroniana de los cristianos como un mito sin base histórica. Este artículo aborda los datos de Tácito, así como el impacto que el incendio y la persecución de este emperador dejaron en las fuentes cristianas. Asimismo, se expone la tesis de B. Shaw, las críticas que se le han hecho, así como una posible solución.

*Palabras clave:* Los cristianos y el imperio romano, Persecuciones, Inicios del cristianismo en Roma

*Abstract:* The text of Tacitus on the fire of Rome and the Neronian persecution is one of the oldest texts of Roman historians about Christians and has been the subject of innumerable hypotheses because of its controversial text. B. Shaw, recently, has considered the Neronian persecution of Christians as a myth without historical basis. This article analyzes the data of Tacitus, as well as the impact that the fire and the persecution of this emperor left in the memory of the Christian sources. Likewise, the thesis of B. Shaw and the criticisms that have been made to him are exposed.

*Keywords:* Christians and the Roman Empire, Persecutions, Beginnings of Christianity in Rome

Varias publicaciones recientes, dedicadas a las persecuciones del cristianismo durante los primeros siglos, han acaparado la atención de los medios de comunicación<sup>1</sup>, alguna de ellas de carácter tendencioso<sup>2</sup>. El presente artículo abordará uno de los primeros hostigamientos ordenado por la máxima autoridad del Imperio romano: la persecución neroniana vinculada al fuego de la ciudad de Roma (julio 64 d.C.). Escritores coetáneos, tales como Séneca, Juvenal, Marcial, Dion Crisóstomo, Plutarco, Epicteto o Flavio Josefo, no mencionan este “gran” incendio, tal y como se le ha conocido en la historiografía, lo cual pudiera hacer pensar en la escasa relevancia de la conflagración para dichos autores. Solo el historiador Plinio el Viejo alude de forma tangencial al incendio cuando culpa al príncipe de la destrucción de una importante especie de árbol raro (*Hist Natural* 17,5<sup>3</sup>), tal vez por considerar este siniestro como uno más entre los muchos que acaecían en la Urbe.

Sin embargo, algunas obras historiográficas del siglo II y III d.C. describen con cierto detalle la catástrofe causada por la devastadora conflagración, especialmente la obra de Tácito, *Anales* XV 38-44. La precisión histórica del relato de Tácito, no obstante, es desde hace tiempo objeto de controversia, pues está plagada de problemas. Por ejemplo, la conexión entre el incendio y el consiguiente castigo de los cristianos se encuentra exclusivamente en Tácito, pero no en otros relatos historiográficos que describen la conflagración, tal y como es el caso de Suetonio (120 d.C.) o Dion Casio (202 d.C.). Tampoco la tradición cristiana

<sup>1</sup> G. Altares, “Los cristianos que Nerón nunca mató”, en *El País*, 11 diciembre 2015, comenta que el artículo de B. Shaw, que veremos, “puede alterar de forma dramática la visión de los primeros cristianos”. [https://elpais.com/cultura/2015/12/11/actualidad/1449837567\\_576654.html](https://elpais.com/cultura/2015/12/11/actualidad/1449837567_576654.html) (visto 16 junio 2018).

<sup>2</sup> Según C. Nixey, *La edad de la penumbra. Cómo el cristianismo destruyó el mundo clásico*, Barcelona 2018, hubo varios momentos de persecución a los cristianos, pero el cristianismo en aquellos siglos fue mucho más perseguidor que perseguido. Y su persecución fue más salvaje y mucho más efectiva.

<sup>3</sup> “Estos árboles..., cuando éramos jóvenes, Caecina Largo, una de las personas notables de la ciudad, los exhibía en los jardines de su casa. Pervivieron, ya que hemos hablado de la gran longevidad de estos árboles, hasta el fuego del emperador Nerón. Con una cuidadosa atención se hubieran conservado verdes y frondosos, si ese emperador no hubiera acelerado la muerte de los mismos”.

más antigua concerniente a Nerón asocia sus medidas persecutorias anticristianas con el fuego, ni se ocupa de rebatir la acusación de incendiar la ciudad.

Debido a estos problemas de las fuentes, algún autor<sup>4</sup>, ya a finales del siglo XIX, rechazó el texto de Tácito en su totalidad como una falsificación e interpolación cristiana o se consideró el relato como un adorno romántico de acontecimientos del siglo II d.C.<sup>5</sup> Esta visión no se acepta generalmente en la actualidad, aunque algún estudioso moderno todavía la defiende<sup>6</sup>, pues el lenguaje y el estilo son perfectamente taciteanos<sup>7</sup>, sin ninguna

<sup>4</sup> Las primeras objeciones críticas al relato de Tácito concerniente a la ejecución de cristianos provienen del gran historiador inglés E. Gibbon, ya en 1776, en su obra, *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano*, Madrid 2006, 391ss. P. Hochart, *Études au sujet de la persecution des Chrétiens sous Néron*, Paris 1885, afirma en el capítulo VIII, titulado “un fraude piadoso”: “On est par suite amené à considérer ce récit comme une fable et à conclure qu’il y a tout lieu de l’attribuer à une main étrangère... Or l’introduction dans les oeuvres de l’historien d’un récit de telle nature ne peut être que le fait d’un chrétien” (p. 220); P. Holson, “Nero and the Fire of Rome: Fact and Fiction”, *Pegasus* 19 (1976) 37-44.

<sup>5</sup> B. Bauer, *Christus und die Caesaren. Der Ursprung des Christenthums*, Berlin 1879<sup>2</sup>, 155s.

<sup>6</sup> R. Carrier, “The Prospect of a Christian Interpolation in Tacitus, Annals 15.44”, *Vigiliae Christianae* 68 (2014) 264-283, considera que se trata de una interpolación cristiana del siglo IV: “I believe we should conclude the suspect line was probably not written by Tacitus, and was most likely interpolated into its present position sometime after the middle of the 4th century A.D. More likely Tacitus was originally speaking of the Christians..., and not the Christians” (p. 283). Una crítica a este autor en el blog de Bart Ehrman: <https://ehрманblog.org/fuller-reply-to-richard-carrier/>. Los argumentos a favor y en contra de una interpolación cristiana del pasaje taciteano se discuten en detalle en la obra de A. A. Barrett – E. Fantham – J. C. Yardley (eds.), *Nero. A Guide to the Ancient Sources*, Princeton – Oxford 2016, 161-170; Ivan Prchlík, “Auctor nominis eius Christus. Tacitus’ Knowledge of the Origins of Christianity”, *Acta Universitatis Carolinae. Philologica* 2 (2017) 97-98, n. 17.

<sup>7</sup> E. Koestermann, “Ein folgenschwerer Irrtum des Tacitus (Ann. 15.44, 2ff.)?”, *Historia* 16 (1967) 456-469. F. Arnold, *Die neronische Christenverfolgung. Eine kritische Untersuchung zur Geschichte der ältesten Kirche*, Leipzig 1888, 5-11 analiza el vocabulario de *Anales* XV 44 del manuscrito conservado (códice Mediceus II, p. 5-11) y concluye que el texto es auténtico de Tácito: “Der Bericht über die Christenverfolgung ann. XV, 44 gehört dem Tacitus selbst an und ist durch keine Interpolationen entstellt” (p. 114). R. E. van Voorst, “Jesus Tradition in Classical and Jewish Writings”, en: T. Holmén – Stanley E. Porter (eds.), *Handbook for the Study of the Historical Jesus*, Vol. III, Leiden – Boston 2011, 2156: “The style and content of this entire chapter are typically Tacitean”.

de las exageraciones que se pudiera esperar de un texto falsificado<sup>8</sup>. Además, aunque el pasaje es claramente anti-neroniano, los cristianos no salen bien parados en él. El autor, ya sea Tácito u otro, cree que son inocentes, pero es manifiestamente hostil hacia ellos. Por este motivo, se ha argumentado que el gran incendio y el castigo de Nerón contra los cristianos constituyeron dos eventos separados que fueron conectados posteriormente por Tácito<sup>9</sup>.

Más allá de estas lecturas críticas expuestas, recientemente B. Shaw ha negado por completo la persecución neroniana, tildándola como un simple mito<sup>10</sup>. Sostiene que “un ataque a los cristianos por parte de Nerón, ya sea en conexión con el gran incendio o de otra manera” (91) se basa en datos que son pobres en cantidad y calidad, por lo que existen razones de peso para afirmar que “este evento nunca ocurrió y dudo que ocupe algún lugar en la historia del martirio cristiano o en la historia de la Iglesia primitiva” (74). Propone que la idea de una persecución neroniana contra los cristianos se basa en “fuentes escritas u orales” en las que “la figura de Nerón estaba de alguna manera conectada con los cristianos y luego, a su vez, estos fueron vinculados a los culpables que habían recibido severos castigos después del gran fuego” (93). El artículo de este historiador de la universidad de Princeton ha desencadenado una serie de reacciones y críticas.

<sup>8</sup> Si el pasaje es una interpolación añadida en algún momento antes de finales del siglo IV (ya que lo cita el escritor cristiano Sulpicio Severo, *Chron.* 2, 29, 1-4), tendría que ser un engaño brillante por parte de un verdadero maestro falsificador que estaba preparado para crear una imagen negativa de su propia causa.

<sup>9</sup> La hipótesis de J. Rouge, “L’incendie de Rome en 64 et l’incendie de Nicomédie en 303”, en W. Seston, *Mélanges d’histoire ancienne offerts à William Seston*, Paris 1974, 433-441, afirma que el pasaje de Tácito sobre la muerte de los cristianos es el resultado de la fusión de un pasaje de los *Anales* (en el que se hablaba de los castigos reservados a los incendiarios, pero no a los cristianos) con un pasaje de las *Historias* (en el que se hablaba de los cristianos). Esta “mezcla” habría sido realizada por un copista del siglo IV, motivado probablemente por las semejanzas entre el incendio de Roma del 64 y el de Nicomedia del año 303. También Ch. Saumagne, “Les incendiaires de Rome (ann. 64 p.C.) et les lois pénales des Romains”, *Revue Historique* 227 (1962) 337-360; Idem, “Tacite et saint Paul”, *Revue Historique* 232 (1964) 67-110.

<sup>10</sup> B. D. Shaw, “The Myth of the Neronian Persecution”, *Journal of Roman Studies* 105 (2015) 73-100.

En este artículo resumiremos en primer lugar los detalles más relevantes del incendio siguiendo el relato de Tácito, así como las disposiciones imperiales decretadas contra el grupo de seguidores de Jesús, las cuales, sin embargo, no aparecen en otras fuentes literarias. Posteriormente abordaremos las medidas persecutorias neronianas en los documentos cristianos antiguos. Concluiremos con las objeciones planteadas por B. Shaw al texto taciteano, las críticas que se han hecho a su artículo y una posible solución al problema del pasaje.

### 1. EL INCENDIO DE ROMA EN EL RELATO DE TÁCITO

El incendio del año 64 d.C. destaca por su dimensión y poder destructivo. Para Tácito constituyó la catástrofe más grave y atroz de cuantas le sucedieron a esta ciudad por la violencia del fuego<sup>11</sup>, pues supuestamente solo quedaron indemnes cuatro regiones de las catorce en las que Augusto había dividido la ciudad (“arrasadas tres regiones y en las siete restantes unos pocos restos de casas”, Tácito, *Anales* XV 40,2). Estalló en la noche del 18 al 19 de julio al sur del Palatino, en las tiendas y tenderetes<sup>12</sup> que llenaban el área del circo Máximo, y se propagó azuzado por el viento hacia el norte por el lado este del Palatino hasta el Esquilino. Una gran multitud pululaba desesperada por las calles. Algunos habían perdido todas sus pertenencias, ni siquiera tenían para comer. Casi nadie se atrevió a detener el fuego ante las reiteradas amenazas de muchos que impedían y obstaculizaban los trabajos de extinción. Otros, aprovechando el desorden reinante, se dedicaron a saquear lo que pudieron.

<sup>11</sup> Parece que las excavaciones arqueológicas han confirmado más o menos ese relato, J. Pollini, “Burning Rome, Burning Christians”, en: Sh. Bartsch – K. Freudenburg – Cedric Littlewood (eds.), *The Cambridge Companion to the Age of Nero*, Cambridge 2017, 218, n. 4.

<sup>12</sup> Es posible que el fuego haya comenzado en una de las tabernas (*popinae*) a lo largo del Circo Máximo, ya que Suetonio (*Ner* 16) comenta que, entre las medidas que adoptó Nerón después de la tragedia para prevenir futuros incendios, se encontraba una ordenanza por la que prohibió en tales establecimientos la venta de cualquier cosa cocinada, excepto legumbres y verduras. Aunque Dion Casio (LXII 14) data esa medida en el año 62, es más probable que tuviera lugar tras el fuego del año 64.

Cuando se desató el incendio, Nerón se encontraba en Anzio. Al principio no le dio demasiada importancia y solo se alarmó, cuando le anunciaron que el fuego se acercaba a su palacio. Templos, casas particulares, tiendas y viviendas sucumbieron a las llamas. Entre los edificios destruidos se encontraba el nuevo palacio del emperador, conocido como la *Domus Transitoria*. El Campo de Marte, aparentemente, no se vio afectado y sus edificios acogieron a los habitantes que habían perdido sus hogares. El príncipe hizo traer víveres de Ostia y de municipios vecinos, y se bajó el precio del trigo. Ninguna fuente histórica informa sobre el número de personas que resultaron heridas o perecieron durante la catástrofe.

La reconstrucción de la ciudad fue extremadamente costosa y la impopularidad que esto causó, se vio agravada por la expropiación de la tierra para la edificación del grandioso palacio imperial, la *Domus Aurea*<sup>13</sup>. Los pobres se vieron seriamente afectados, ya que un ordenamiento urbanístico adecuado para acabar con el hacinamiento conllevaba la disminución de alojamientos y el consiguiente incremento de los precios de los alquileres de las *insulae* o apartamentos. Además, el fuego siguió los pasos de las costosas campañas en Gran Bretaña y Partia, creando inevitablemente una grave crisis financiera.

El descontento general propició que la plebe fuera receptiva a toda clase de rumores surgidos y propalados acerca de que el propio emperador había instigado el incendio. Se decía que cuando estaba ardiendo Roma, Nerón se había subido al escenario que tenía en su casa para cantar la destrucción de Troya. Circularon noticias referentes a pirómanos y personas que obstaculizaban las labores de extinción de las llamas, y se creyó que eran agentes del César. Estas sospechas se vieron alentadas por el hecho de que después de seis días, el fuego estaba bajo control, pero de repente estalló de nuevo, cerca de la finca del ministro de Nerón, Tigelino, y se tenía la impresión de que Nerón deseaba fundar una nueva ciudad con su nombre, Neropolis (Suetonio, *Ner* 55)<sup>14</sup>.

<sup>13</sup> H.-J. Beste – Henner von Hesberg, “Buildings of an Emperor – How Nero Transformed Rome”, en: E. Buckley – M. T. Dinter (eds.), *A Companion to the Neronian Age*, Chichester 2013, 314-331.

<sup>14</sup> Para la descripción del gran incendio y sus consecuencias J.Krüger, *Nero. Der römische Kaiser und seine Zeit. Mit einem Geleitwort von Alexander Demandt*, Wien – Köln – Weimar 2012, 219-224; J.Malitz, *Nero*, Malden, MA – Oxford 2005, 66-76.

Para corroborar la veracidad de estos rumores, se citaban ciertas alusiones al fuego y afirmaciones que el mismo emperador habría proferido respecto al estado desagradable de la ciudad (la fealdad de los antiguos edificios, la estrechez y tortuosidad de sus calles), que ofendía su sensibilidad estética. Se rememoraban versos de obras dramáticas o épicas fuera de contexto, que Nerón pudo haber declamado en alguna ocasión. Como muchos de sus contemporáneos, el príncipe habría proferido en ocasiones comentarios despectivos sobre el hacinamiento y la inmundicia de la antigua Roma. Posiblemente, los saqueadores conocían estas ideas y encubrieron sus acciones con el discurso de que estaban actuando por encargo del emperador. Pero no constituyen evidencias de la culpabilidad de Nerón.

Los rumores no circularon exclusivamente entre la plebe, sino que también llegaron a estamentos elevados del Principado y tuvieron consecuencias políticas, pues fueron empleados por los oponentes del emperador. Unos meses más tarde del incendio, se descubrió la conspiración de Pisón. Tres tribunos pretorianos perdieron la vida como consecuencia de la conjura. Uno de ellos, el tribuno Subrio Flavo, espetó en la cara del emperador: “Te odiaba; y ninguno de tus soldados te fue más leal mientras mereciste ser amado; empecé a odiarte cuando te convertiste en asesino de tu madre y de tu esposa, en auriga y en histrión y en incendiario” (Tácito, *Anales* XV 67,2). Al parecer, el incendio es la última acción execrable del emperador en esta secuencia de actos reprobables.

Por consiguiente, la creencia en su responsabilidad por el incendio se difundió pronto y a finales del s. I se había establecido ampliamente. Así, Suetonio, en su biografía de Nerón (c. 120 d.C.), menciona cómo el mismo emperador “incendió Roma sin el menor disimulo”, a la vista de todo el pueblo, para hacerse con todo el botín y las ganancias que pudiera (*Ner* 38,1-3) y, de forma semejante, Dion Casio culpa abiertamente al emperador del fuego, ya que habría enviado hombres a incendiar la ciudad (LXII 16.2-7). Solo Tácito insiste en que la cuestión de la participación de Nerón debe permanecer abierta y admite diversas versiones entre los historiadores para explicar la causa de su origen (XV 38,1: “no se sabe si la catástrofe fue debida al azar o urdida por el príncipe, pues hay historiadores que dan una y otra versión”). Una de las cuestiones más difíciles y problemáticas que se plantea al

historiador es la causa de la aparición y la propagación del incendio, existiendo varias causas posibles<sup>15</sup>. No obstante, la sobria consideración e interpretación de las noticias, habla a favor de la inocencia de Nerón<sup>16</sup>. De igual modo, otros historiadores, como p.ej. Flavio Josefo<sup>17</sup>, Marcial y Juvenal, no han dejado rastro de tal suceso, ni culpabilizan al príncipe en sus obras, la cuales se compusieron en una época anti-neroniana y habrían tenido la ocasión para hacerlo.

Por su parte, el relato de Tácito está interesado en presentar cómo Nerón afrontó la crisis para evitar los rumores sobre su participación en el fuego y minimizar las repercusiones negativas para su popularidad ante la plebe urbana<sup>18</sup>. El emperador adoptó tres medidas para gestionar la crisis y recuperar la aceptación popular<sup>19</sup>, las cuales son seguidas de un comentario sobre la respuesta del público y la continua circulación de rumores, dejando claro que sus esfuerzos fueron en vano. La primera medida fue ofrecer ayuda humanitaria (XV, 44,1; 44,2) mostrando la generosidad que se esperaba de un emperador cuando ocurrían catástrofes. Se iniciaron las obras de reconstrucción de la ciudad, para lo cual se aprobaron disposiciones positivas que dictó la prudencia humana para evitar conflagraciones futuras. Esas ordenanzas,

<sup>15</sup> Pilar Fernández Uriel, "El incendio de Roma del año 64: Una nueva revisión crítica", *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, H. Antigua* 3 (1990) 61-84, expone las varias causas posibles que pudieran reducirse, fundamentalmente a cuatro: a) accidente fortuito; b) por orden de Nerón; c) por los miembros de la conjuración pisoniana; d) por la primera comunidad cristiana. Pilar Fernández Uriel – Luis Palop, *Nerón: la imagen deformada*, Aldebarán Ediciones, Madrid 2000.

<sup>16</sup> V. Rudich, *Political Dissidence under Nero. The price of dissimulation*, London – New York 1993, 80. Para la inocencia de Nerón véanse seis argumentos en M. Fini, *Nero. Zweitausend Jahre Verleumdung. Die andere Biographie*, Herbig, München 1994, 152-155: "Aller Wahrscheinlichkeit nach war der Brand ursprünglich durch Fahrlässigkeit entstanden" (p. 159).

<sup>17</sup> Sobre el silencio de Josefo, que probablemente llegó a Roma en otoño del año 64, véase W. den Hollander, *Josephus, the Emperors, and the City of Rome. From Hostage to Historian*, Leiden – Boston 2014, 33s. Josefo (AJ XX 151) no incluye el fuego en su lista de los crímenes de Nerón, pero la lista es superficial y se limita a las transgresiones contra individuos.

<sup>18</sup> E. Flaig, "Wie Kaiser Nero die Akzeptanz bei der plebs urbana verlor: Eine Fallstudie zum politischen Gerücht im Prinzipat", *Historia* 52 (2003) 351-372, esp. 363-372 estudia los rumores del incendio.

<sup>19</sup> B. van der Lans – J. N. Bremmer, "Tacitus and the persecution of the Christians: an Invention of Tradition?", *Eirene. Studia Graeca et Latina* 53 (2017) 301-333.

bien acogidas por su utilidad, también contribuyeron a embellecer la ciudad (XV 43). La segunda resolución de Nerón consistió en recurrir a ceremonias expiatorias públicas para apaciguar a los dioses. El tercer y último intento del emperador “para disipar el rumor” (*abolendo rumori*) y contrarrestar el desafío que la ira del pueblo representaba para su liderazgo, fue transferir la acusación de incendiario a un grupo que la plebe llamaba *Chrestiani* (*vulgos Chrestianos appellabat*) y ejecutar algunos de ellos en un espectáculo público (XV, 44,2). El tema principal que surge de esta estructura narrativa de tres etapas es la relación de Nerón con la plebe urbana de Roma, que Tácito evalúa críticamente. Aquí nos centraremos en la tercera medida.

## 2. LA PERSECUCIÓN NERONIANA DE LOS CRISTIANOS

Tras el relato del gran fuego y la respuesta de Nerón a la crisis, Tácito continúa describiendo una de sus consecuencias más dramáticas. La plebe comenzó a responsabilizar al emperador del desastre y él, a su vez, buscó chivos expiatorios, señalando a los cristianos como culpables de la conflagración. Lo que sigue es, posiblemente, el pasaje más famoso de Tácito, en el que narra el arresto y la condena de los cristianos a horribles castigos. Su trato fue tan horrible que provocó la simpatía popular.

“Para acabar con los rumores, Nerón presentó como culpables y sometió a los más rebuscados tormentos a los que el vulgo llamaba cristianos (*quos por flagitia invisos vulgus Chrestianos<sup>20</sup> appellabat*), aborrecidos por sus ignominias. Aquel de

<sup>20</sup> La lectura original del manuscrito de Tácito era *chrestiani*, que fue corregida a *christiani*, mediante la raspadura de la “e” y la superposición de “i”, tal y como la investigación paleográfica reciente ha mostrado, E. Zara, “The Chrestianos Issue in Tacitus Reinvestigated” (2009) quien estudia el manuscrito M.II (denominado *segundo Mediceo*), que se conserva en la Biblioteca Mediceo Laurenziana, en Italia. El manuscrito procede del siglo XI y es considerado el más antiguo de la obra de Tácito. Llega a la conclusión: “I consider it is now totally safe to say, in accordance with the examinations made by Andresen, Lodi and Rao, that the fourth letter in “Christianos” indeed has been changed from an “e” to an “i”. Accordingly, the scribe originally wrote Chrestiani, “Chrestians”, which might be what the Romans called the Christians”. Esa forma de deletrear también se encuentra confirmada en Tertuliano, *Apol* 3,5 y *Nat* I,3,9. Lactancio, *Div inst* 4,7,5 se refiere

quien tomaban nombre, Cristo<sup>21</sup>, había sido ejecutado en el reinado de Tiberio por el procurador Poncio Pilato; la execrable superstición... irrumpía... también por la Ciudad... El caso fue que se empezó por detener a los que confesaban abiertamente su fe, y luego, por denuncia de aquellos, a una ingente multitud, y resultaron convictos no tanto de la acusación del incendio cuanto de odio al género humano<sup>22</sup>. Pero a su suplicio se unió el escarnio, de manera que perecían desgarrados por los perros tras haberlos hecho cubrirse con pieles de fieras, o bien clavados en cruces, al caer el día, eran quemados de manera que sirvieran como iluminación durante la noche... Aunque fueran culpables y merecieran los máximos castigos, provocaban la compasión, ante la idea de que perecían no por el bien público, sino por satisfacer la crueldad de uno solo”<sup>23</sup> (*Anales* XV 44,2-5).

La obra de los *Anales* fue redactada entre los años 110/1 y principios de los años 20 del siglo II d.C.<sup>24</sup> Para su composición, Tácito empleó fuentes escritas, de entre las que Cluvio Rufo, Fabio Rústico y Plinio el Viejo son obvios candidatos<sup>25</sup>. Sin embargo, es difícil determinar dónde obtuvo la información referente a los cristianos, pues no existen indicaciones conocidas en ninguna de las fuentes perdidas de historias que cubrieron el reinado de Nerón que pudiera indicar el origen de la noticia recogida en este pasaje acerca de los seguidores de Jesús. Tampoco se ha

a la mala pronunciación de la palabra. Para los estudios de E.Zara, <http://www.textexcavation.com/tacitustestimonium.html>; y <http://www.textexcavation.com/documents/zaratacituschrestianos.pdf>. Véase también Ivan Prchlík, “Auctor” 96-99.

<sup>21</sup> E.Zara, “The Chrestianos”: “I will add that this particular manuscript of *Annales* does *not* contain the name *Chrestus*. No evidence of any alteration of the word ‘Christus’ can be found in the ultraviolet photograph”.

<sup>22</sup> Para esta expresión B. Segura Ramos, “Tácito y los cristianos. La primera persecución”, *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos* 22 (2002) 449-450.

<sup>23</sup> Cornelio Tácito, *Anales. Libros XI-XVI. Traducción y notas de José L. Moraleja* (BCG 30), Madrid 1980, 244s.

<sup>24</sup> Para un estudio detallado de nuestro texto J. G. Cook, *Roman Attitudes Toward the Christians* (WUNT 261), Tübingen 2010, 39-83; J. Beaujeu, *L’Incendie de Rome en 64 et les chrétiens* (Coll. Latomus, xlix), Brussels 1960. B. Segura Ramos, “Tácito” 445-461, estudia tanto la vertiente filológica como la histórica del famoso capítulo sobre los cristianos de Tácito, optando por la interpretación más obvia del texto latino.

<sup>25</sup> Para las fuentes empleadas, R. Syme, *Tacitus, Vol 1*, Oxford 1958, 271-303, esp. 289-292; D. S. Potter, “Tacitus’ Sources”, en: Victoria Emma Pagán (ed.), *A Companion to Tacitus* (Blackwell Companions to the Ancient World), Malden, MA – Oxford 2012, 125-140.

descartado que Tácito recibiera información sobre los cristianos de su amigo Plinio, quien los había investigado durante el tiempo de Trajano (*Carta X 96*, hacia el año 111/112 d.C.) o, que incluso el mismo Tácito hubiera conocido personalmente el origen y enseñanza de los cristianos siendo procónsul en Asia Menor (alrededor del año 112/113), donde ya existían comunidades cristianas bien establecidas<sup>26</sup>. Asimismo, el historiador podría haber consultado el *acta senatus*, como lo hizo con frecuencia, y disponer de fuentes orales.

Esta sección de Tácito, y él es la única fuente antigua de los acontecimientos que nos ha llegado, es de enorme interés histórico. Si bien, el pasaje parece indudablemente proveniente de Tácito, debe reconocerse que plantea algunos problemas<sup>27</sup>. En primer lugar, existen dificultades internas en el relato de los cristianos, pues no está bien integrado en la narración. Se presenta la intención imperial de desviar la acusación de incendiario, pero en realidad se elimina el tema de la conflagración. De hecho, toda la sección del cap. 44 desde “pero ni el ingenio humano” hasta “la crueldad de un hombre” podría excluirse de los *Anales* sin pérdida de sentido. Por otra parte, es sorprendente el detalle del nombre de “Cristo”, de poco interés para los romanos, pero muy relevante para un lector cristiano. Igualmente es curiosa la presentación de Poncio Pilato, al describirlo como “procurador” sin referencia a la provincia, al margen de que el cargo detentando, “gobernador de Judea”, durante el reinado de Tiberio era denominado “prefecto”, tal y como corrobora una inscripción descubierta en Cesarea (“*prefectus*”<sup>28</sup>). No obstante, una versión latina del NT, la *Vetus latina*, traduce la frase de Lc 3,1, referida a Poncio Pilato, “*procurante Pontio Pilato*”. Por lo tanto, la idea de que ocupó el cargo de procurador formaba parte de la tradición

<sup>26</sup> J. G. Cook, *Roman Attitudes* 41s., considera que tuvo a su disposición diferentes fuentes e, incluso, pudo haber encontrado a cristianos durante el desempeño de su cargo como procónsul en Asia (112-113) (p. 50). De la misma opinión, J. Krüger, *Nero* 248; I. Prchlík, “Auctor” 100-104: “Tacitus used the information he had probably learnt in Asia from Christians he was interrogating there. These Christians had not accepted the received tradition of the origins of Christianity, while possessing their own one, perhaps closer to the genuine historical process of the emergence of this religion” (p. 108).

<sup>27</sup> R. Carrier, “The Prospect” 272-277; A. A. Barrett – E. Fantham – J. C. Yardley (eds.), *Nero* 164-170.

<sup>28</sup> *L'Année Epigraphique* 1963, núm. 104, y 1971, núm. 477.

cristiana latina. Esto ha llevado a algunos eruditos a considerar la posibilidad de que, al menos, la frase, “el hombre que les dio su nombre, Christus, había sido ejecutado durante el gobierno de Tiberio por el procurador Poncio Pilato” (*Anales* XV 44.2), sea una interpolación cristiana<sup>29</sup>.

Tácito no informa del tiempo trascurrido entre el fuego y el castigo de los inculpados, ni la autoridad encargada de llevar a cabo el proceso, por lo que se han sugerido diferentes posibilidades: el prefecto de la ciudad, el *praefectus vigilum* o el prefecto pretoriano, Ofonio Tigelino<sup>30</sup>. Un tema más complejo de la actuación de Nerón contra los cristianos, que ha centrado los esfuerzos de historiadores y estudiosos del derecho romano, es la base jurídica de la persecución, así como el procedimiento judicial y las fórmulas de derecho público que justificaban tanto los arrestos como las condenas de los cristianos. ¿La persecución se basaba en leyes comunes que reprimían los delitos religiosos y políticos, o procedieron en virtud de las competencias policiales (*ius coercionis*) o existió un edicto imperial *ad hoc* (*institutum neronianum* mencionado solamente por Tertuliano, *Ad Nationes* I 7<sup>31</sup>)? Es difícil optar por una de estas posibilidades, aunque considero que la tercera opción es la menos plausible, pues si hubiera existido tal disposición jurídica, las autoridades romanas se habrían apoyado en ella para el enjuiciamiento y posterior persecución de los cristianos. En cambio, a principios del siglo segundo (por ejemplo, en Asia Menor), el gobernador de Bitinia, Plinio, realiza unas investigaciones sobre los cristianos y debe solicitar instrucciones a la sede imperial sobre cómo proceder. Incluso el mismo emperador, en su respuesta, no aduce ese supuesto procedimiento jurídico (Plinio, *Cartas* X 97).

Teniendo en consideración el relato de Tácito, hay dos cuestiones relevantes respecto a la decisión de Nerón de culpar del fuego a los cristianos que requieren nuestra atención. ¿Por qué

<sup>29</sup> A. A. Barrett – E. Fantham – J. C. Yardley (eds.), *Nero* 165.

<sup>30</sup> J. G. Cook, *Roman Attitudes* 43s., expone las diferentes posibilidades.

<sup>31</sup> “Esta es la única institución neroniana que ha permanecido, en fin algo justo como opuesto a su autor”. J. Montserrat Torrents, *El desafío Cristiano. Las razones del perseguidor*, Madrid 1992, 117s. Según J. G. Cook, *Roman Attitudes* 61s., el ser cristiano equivalía a ser incendiario para Nerón, por lo que serían dos cargos equiparables. Bartolomé Segura Ramos, “Tácito” 456-459, propone la *cognitio extra ordinem* como el mecanismo represivo que permitió la actuación de Nerón contra los cristianos.

Nerón eligió precisamente a los cristianos como chivos expiatorios entre otros muchos grupos existentes en la sede imperial<sup>32</sup>? Y en segundo lugar, ¿cómo identificó Nerón a los cristianos?

Por lo que respecta a la primera cuestión, Julian Krüger considera que permanecerá siempre un misterio llegar a saber cómo el consejo imperial (*consilium*), en algún momento del verano del año 64, tomó la decisión de culpar a la comunidad cristiana romana por el incendio catastrófico<sup>33</sup>. Otros autores, sin embargo, estiman que el contexto para la elección de los cristianos como chivos expiatorios se debió fundamentalmente por ser extranjeros. En términos generales, este epíteto, además de referirse al país de origen de una persona, también podía aplicarse a las costumbres, prácticas y creencias que no se consideraban de origen romano ni apoyaban la forma de vida romana. Si bien, la población de Roma era cosmopolita y, tanto las autoridades como el pueblo, eran en general tolerantes hacia la diversidad en la ciudad, existía la creencia persistente de que los extranjeros, sus costumbres y creencias eran, al menos, inferiores a las romanas.

En otras palabras, cuando Nerón tomó la decisión de buscar un chivo expiatorio, la elección obvia fue encontrar un culpable entre los extranjeros que residían en la ciudad. Tácito deja claro que los cristianos se ajustaban a este perfil general. Sin embargo, lo que no está claro es por qué el emperador se decantó por los cristianos y no por otro grupo extranjero. Aunque Tácito indica que los cristianos eran despreciados, una visión también expresada por Suetonio (*Ner* 16,2), no hay ninguna razón particular evidente desde la perspectiva romana de por qué fueron elegidos precisamente estos. Su estatus de grupo marginal del judaísmo recién llegado a la capital y su implicación en los altercados internos judíos del año 49 d.C. hacían poco probable que los cristianos hubieran logrado establecer contactos con la élite política y social de Roma, ni que misionaran entre esos estratos<sup>34</sup>, por lo

<sup>32</sup> D. Noy, *Foreigners at Rome: Citizens and Strangers*, London 2000, esp. 31-47.

<sup>33</sup> J. Krüger, *Nero* 248.

<sup>34</sup> En contra E. Laupot, "Rome's Invention of Pauline Christianity and its responsibility for the Great Fire of Rome in 64 C.E., as part of its backlash against the Jewish guerrilla movement of Jesus and the Nazoreans", *Revue des études juives* 164 (2005) 415-448, para quien el proselitismo masivo de los cristianos entre los gentiles romanos fue el detonante para que Nerón permitiera incendiar las zonas de Roma más afectadas por este proselitismo.

que es difícil ver cómo pudieron ser considerados una buena opción para inculparles del incendio.

Aunque pudieran existir prejuicios contra los cristianos en tiempos de Nerón, difícilmente la comunidad cristiana romana era lo suficientemente numerosa y problemática frente a sus conciudadanos como para haber sido objeto de un odio popular tan intenso y se les acusará, según Tácito, de odio al género humano<sup>35</sup>. Su disidencia social podía consistir en su forma de vida, dado que habrían abandonado algunos ámbitos públicos sociales. ¿Cómo pudo producirse el castigo de esta “comunidad silenciosa”?<sup>36</sup> Tal vez, la solución a esta cuestión esté en la respuesta a la segunda pregunta.

En el proceso mediante el cual se identificaron a los culpables, Tácito afirma que los primeros cristianos castigados fueron aquellos que “confesaron”, aunque el texto no indica el objeto de la confesión. Estas personas proporcionaron otros nombres, probablemente bajo tortura. El tema clave, por lo tanto, fue que las autoridades romanas pudieron apresar y culpar a algunos seguidores de Jesús. ¿Acaso estuvieron implicados seguidores de Jesús en el fuego? No todos los autores han descartado esta posibilidad<sup>37</sup>, aunque entonces ya no constituirían un chivo

<sup>35</sup> Para esta acusación, J. G. Cook, *Roman Attitudes* 62-68.

<sup>36</sup> J. Krüger, *Nero* 249, constata la dificultad para determinar la “externalidad” y “alteridad” de este grupo, pues difícilmente podemos identificar el comportamiento o la mentalidad de los cristianos romanos antes del 64, ni su aislamiento social-religioso del mundo politeísta.

<sup>37</sup> C. Pascal, *L'incendio di Roma e i primi Cristiani*, Turin 1901<sup>2</sup>; L. Hermann, “Quels chrétiens ont incendié Rome?”, *Revue Belge de Philologie et d'Histoire* 17 (1949) 633-651. y J. H. Bishop, *Nero: the Man and the Legend*, London 1964, 79ss, consideran que los cristianos eran culpables de la conflagración. Más recientemente, J. Pollini, “Burning Rome” 213, n. 1., sugiere que la participación cristiana no está fuera de discusión. No se puede descartar que los cristianos más fanáticos pudieran, de hecho, haber tenido un papel activo en la conflagración. Tácito señala que los cristianos, que fueron detenidos, confesaron. Aunque no afirma lo que confesaron, es razonable llegar a la conclusión de que, bajo tortura, probablemente habrían admitido que eran culpables del incendio, al margen de si eso era realmente cierto o no, e implicaron a otros. Algunos extremistas cristianos pudieron haber interpretado el gran fuego del 64 como el inicio del apocalipsis feroz predicho y la segunda venida de Cristo, que los cristianos de esa época creían inminente. Incluso podrían haber sentido que era su deber, como cristianos, acelerar el día del juicio y, de ese modo, ayudar a propagar las llamas o, al menos, negarse a hacer algo para extinguirlas (pp. 233s.).

expiatorio. Una posibilidad era que se buscara entre las personas que ya estaban encarceladas, o bien se recurriera a los servicios de delatores y acusadores<sup>38</sup>. Igualmente se pudo deber a los rumores que circulaban en las conversaciones de la plebe sobre el comportamiento de los cristianos<sup>39</sup>. No es evidente, sin embargo, el orden exacto en que se desarrolló la acción. Es posible que Nerón primero seleccionara a los cristianos y luego algunas personas actuaran como informantes, proporcionando la información necesaria, o Nerón declaró que necesitaba un chivo expiatorio y alguien propuso a los cristianos.

Aunque la identidad específica de quienes informaron sobre los cristianos es una cuestión de especulación, no obstante, los eruditos han propuesto diversas posibilidades. Se ha sugerido que miembros de la comunidad judía, residentes en Roma, habrían sido los denunciadores o delatores. Tal opinión no tiene apoyo directo en el relato de Tácito. De hecho, una de las características notables de la forma en que describe el incidente es que no se establece ningún vínculo entre los cristianos y la comunidad judía. No obstante, los judíos romanos tenían suficientes razones para vengarse de los seguidores de Jesús por los problemas ocasionados a la comunidad judía, como fue el caso de la expulsión de algunos dirigentes judíos en el año 49 d.C. (Hch 18,2). El mismo Pablo parece recoger esa actitud beligerante de algunos miembros de la comunidad judía en su carta a los romanos (Rom 12,19). No es extraño, pues, que la comunidad judía deseara distanciarse de un grupo conflictivo y ver el fuego como una oportunidad para implicar a los cristianos con la esperanza de que fueran obligados a abandonar la ciudad. Delatando al grupo de los seguidores de Jesús, la comunidad judía colaboraba con las autoridades imperiales, se mostraba leal al emperador, al tiempo que protegía su propia posición en Roma. El contexto político previo inmediato, en el que se encontraba la comunidad judía, confirma que había motivos sólidos para que la preservación del estatus socio-religioso del judaísmo fuera una preocupación relevante. Optar por una medida proactiva sería una decisión comprensible. Sin embargo, no es posible establecer si los judíos

<sup>38</sup> S H. Rutledge, *Imperial Inquisitions: Prosecutors and Informants from Tiberius to Domitian*, London 2001.

<sup>39</sup> J. Krüger, *Nero 250: "Quelle war wahrscheinlich das Gerede, das man im Volke über das Verhalten der Christen hören konnte"*.

tomaron la iniciativa y dieron a Nerón la idea de culpar a los cristianos o esperaron hasta que supieron que el emperador estaba buscando un chivo expiatorio y luego ayudaron a identificar a los cristianos como culpables<sup>40</sup>.

En relación con esta línea de investigación de los judíos como delatores, se ha argumentado que la esposa de Nerón, Popea, a quien Josefo (*AJ* XX 195) describe como temerosa de Dios (*theosebés*), era pro judía<sup>41</sup> y alentó la persecución de los cristianos. Tal vez, ella conoció la existencia de este círculo de seguidores de Jesús gracias a sus contactos judíos, quienes le podrían haber informado de que estaban causando problemas no solo en Roma, sino en todo el imperio, así que, ¿a quién culpar mejor que a los cristianos? Al sugerirle a su esposo la idea de la participación cristiana en el fuego, Popea habría contribuido a ofrecer una alternativa a los rumores de la presunta culpabilidad de Nerón. En resumen, estaba imputando a los cristianos por lo que sus fuentes judías le informaban<sup>42</sup>.

Según Tácito (XV 38-44), no solo su odioso carácter los hacía ser candidatos adecuados, sino que se daba la coincidencia de que los barrios donde habitaban los cristianos apenas habían sufrido el siniestro. Precisamente, el barrio del Trastévere y las regiones V, VII y XII, barrios donde fundamentalmente se asentaban los cristianos romanos, se salvaron del fuego, lo cual los hacía sospechosos: “Quienes habían salvado su propia piel y habían visto el espectáculo del fuego desde la seguridad de la otra orilla se convirtieron en blancos fáciles de sospechas de que hubieran

<sup>40</sup> J. S. McLaren, “Early Christian Polemic against Jews and the Persecution of Christians in Rome by Nero”, en W. Mayer – N. Bronwen (eds.), *Religious Conflict from Early Christianity to the Rise of Islam* (Arbeiten zur Kirchengeschichte 121), Berlin – Boston 2013, 46-48.

<sup>41</sup> M. Stern, “Sources”, en: S. Safrai – M. Stern (eds.), *The Jewish People in the First Century. Historical Geography, Political History, Social, Cultural and Religious Life and Institutions*. Vol. 1, Assen/Maastricht – Philadelphia 1974, 5-6, considera que Popea no tenía una simpatía exclusiva hacia los judíos, a pesar de que Flavio Josefo la considere una temerosa de Dios. E. Champlin, *Nero*, Harvard University Press, Cambridge, Mass – London 2003, 104 indica que tenía un “fashionable interest in Judaism”.

<sup>42</sup> J. Krüger, *Nero* 252, opina que las denuncias judías o una posible influencia de los círculos nobles judíos en Popea, “todo esto es concebible, pero por el momento sigue siendo especulación”. Tal vez, la opinión pública sobre los cristianos jugó un papel más relevante.

encendido el fuego”<sup>43</sup>. Peter Lampe continúa sugiriendo, en base a 1 *Clem* 5,2, que los “celos y la envidia” de los judíos pudieron haber contribuido al maltrato de los cristianos.

Otros autores, por el contrario, consideran que no habrían sido los judíos, sino los mismos cristianos confrontados o herejes cristianos quienes habrían denunciado a otros correligionarios y habrían actuado como informantes de la policía<sup>44</sup>. Tampoco se descarta que cristianos de origen gentil no hubieran participado en las ordenanzas de apaciguar la ira de los dioses y, por lo tanto, se habían hecho visibles ante sus conciudadanos.

Las razones exactas de la persecución, sin embargo, se nos escapan y es difícil precisarlas. Si esta existió, constituyó un evento único en esta forma y se limitó a Roma, es decir, estaba limitada a nivel espacial y temporal, pues si este hostigamiento se hubiera impuesto a nivel imperial y de forma permanente, habría dejado su huella en la literatura patristica.

### 3. OTRAS FUENTES CLÁSICAS REFERENTES AL INCENDIO

Si Tácito es el único testimonio conservado que conecta a los cristianos, su persecución y el gran fuego, podríamos preguntarnos qué dicen otras fuentes sobre este mismo asunto. La otra fuente contemporánea de Tácito, frecuentemente tomada como una segunda evidencia independiente de la persecución de Nerón contra los cristianos, es el biógrafo Suetonio. En su *Vida de Nerón* (c. 120 d.C.) hace un esfuerzo para enumerar ejemplos de la crueldad de este emperador (*Ner* 33-38), pero no menciona que el fuego hubiera acarreado consigo repercusiones nefastas para los cristianos. Su única referencia a la secta se encuentra en un contexto bastante diferente y en un capítulo distante del fuego (*Ner* 16). Allí, entre las acciones meritorias del príncipe, enumera

<sup>43</sup> P. Lampe, *From Paul to Valentinus. Christians at Rome in the First Two Centuries*, Minneapolis 2003, 47; C. R. Moss, *Ancient Christian Martyrdom: Diversity, Practices, Theologies, and Traditions*, New Haven – London 2012, 77.

<sup>44</sup> F. Arnold, *Die neronische Christenverfolgung* 114s.; O. Cullmann, *Petrus. Jünger – Apostel – Märtyrer. Das historische und das theologische Petrusproblem* Zürich – Stuttgart 1960<sup>2</sup>, 87ss.

lo que parecen ser medidas policiales rutinarias para mantener el orden público, que incluía la acción contra los cristianos junto con la prohibición de la pantomima y las restricciones hacia el comportamiento de los aurigas. “Se entregó al suplicio a los cristianos, una clase de personas que profesa una superstición nueva y perniciosa (*superstitio nova et maléfica*)”<sup>45</sup> (*Ner* 16,2), pero para nada los vincula con el incendio, ni conecta estas medidas coercitivas con el fuego de Roma, a pesar de que proporciona una de las pocas narraciones completas de la conflagración (*Ner* 38,1-3). Asimismo, afirma que Nerón no ejecutó a nadie en espectáculos públicos (*Ner* 12,1).

La frase explicativa del enunciado principal, “una clase de personas...”, es casi con certeza una observación contemporánea, una glosa escrita por Suetonio para sus lectores que refleja un conocimiento acerca de los cristianos que era compartido por sus coetáneos, incluido el joven Plinio. El informe de Suetonio no es históricamente muy iluminador, constituyendo más bien un testimonio de la imagen de Nerón en los inicios del siglo II.

Por su parte, Dion Casio, en el epitome de su *Historia de Roma* (202 d.C.), proporciona una narración retóricamente exagerada del gran fuego (*Hist Rom* LXII 16-18), pero nada dice acerca de los cristianos en el período neroniano, a pesar de que registra la opinión generalizada de que Nerón había causado el incendio y describe la amargura que engendró esta creencia.

Estos dos historiadores proporcionan detalles sobre la conflagración. No obstante, la mención escueta del fuego se encuentra igualmente en otros autores o poetas más cercanos a los hechos. Así, la obra anónima latina, *Octavia*, denominada *fabula prae-texta* o “drama histórico”, presenta a la desafortunada primera esposa de Nerón como protagonista. Su atribución a Séneca se considera generalmente insostenible por consideraciones de estilo, alusiones históricas (p.ej. la profecía de Agripina sobre la muerte de Nerón en vv. 629-631) y, finalmente, la aparición del

<sup>45</sup> Para el contenido del concepto “superstitio”, D. Lührmann, “Superstitio – Die Beurteilung des frühen Christentums durch die Römer”, *Theologische Zeitschrift* 42 (1986) 193-213; R. Gordon, “Superstitio, Superstition and Religious Repression in the Late Roman Republic and Principate (100 BCE-300 CE)”, *Past and Present* 199 (2008) 72-94; A. Ovadiah, “*Deisidaimonia, Superstitio and Religio*: Graeco-Roman, Jewish and Early Christian Concepts”, *Liber Annus* 64 (2014) 417-440; J. G. Cook, *Roman Attitudes* 51-56.

filósofo mismo en dos largas escenas en vv. 377-592. Su fecha de composición es, sin embargo, el tema más polémico y todavía no se ha logrado un consenso académico. En los últimos años, en base a posibles puntos de contacto con la propaganda política de Galba, se ha defendido la fecha de su composición en el periodo de este emperador frente a la cronología tradicional, que la situaba durante la dinastía Flavia. No obstante, Rolando Ferri parece abogar por una datación durante el reinado de Domiciano, pues existen ciertos indicios de que el poeta de *Octavia* conoció las *Silvas* de Estacio, por lo que el *terminus post quem* sería los años 90. La intención del autor pudo haber sido sugerir un paralelismo entre el antiguo y el nuevo Nerón<sup>46</sup>.

La tradición desfavorable hacia la figura de Nerón parece haberse consolidado solo con el advenimiento de la dinastía Flavia<sup>47</sup>, probablemente tras la publicación de relatos históricos tan influyentes como Plinio el Viejo y Fabio Rústico. En *Octavia*, la tradición asociada con las atrocidades de Nerón ya ha tomado su forma final: Nerón figura como matricida, asesino de Claudio, Británico y Octavia, incendiario de Roma y profanador de los dioses<sup>48</sup>. Dado que estos asesinatos parecen haber tenido lugar, era inevitable que Nerón fuera retratado como un monstruo. Esto es significativo, porque el autor de *Octavia* parece haber respaldado sin reservas las historias sobre la crueldad del emperador, quizás también para excusar a Séneca. El tenor del texto referente al fuego reza así:

“Que los edificios de la ciudad se derrumben a una bajo mis llamas. Que el pueblo culpable sea víctima del incendio, de las ruinas y de la vergonzosa miseria y del hambre cruel, mezclada con el duelo”<sup>49</sup>.

<sup>46</sup> *Octavia. A Play Attribued to Seneca, Edited with Introduction and Commentary by Rolando Ferri*, Cambridge 2003, 5-30.

<sup>47</sup> Nerón no encontró el favor de la dinastía Flavia, que cultivó una tradición negativa sobre su persona para distanciarse de la dinastía precedente, la Julia-Claudia. M. T. Griffin, *Nero. The End of a Dynasty*, New Haven – London 1985, 185-234.

<sup>48</sup> Quizás el testimonio más antiguo de la leyenda de Nerón en forma de una lista de crímenes del príncipe (los asesinatos de Británico, Octavia, Agripina) se encuentra en Josefo, *Bell. Iud* 2,250-1, publicada alrededor del año 75 d.C. La historia se presenta como “bien conocida por todos”. Sobre la existencia de fuentes favorables al emperador, M. T. Griffin, *Nero*, 235-7; Josefo, *Bell. Iud* 4.9.2.

<sup>49</sup> Pseudo-Seneca, *Octavia* 831ss.; CIL VI 826; VI 30837=*ILS* 4914 (*Arae Incendii Neronis*).

Aquí, Nerón concibe la idea de incendiar Roma como represalia por los disturbios populares en favor de Octavia, dos años antes de los acontecimientos del año 64. Incluso aunque el príncipe hubiera sido realmente responsable del incendio, esta vendetta a largo plazo es una clara invención: el poeta de *Octavia* está tratando de abarcar todos los crímenes destacados del gobierno de Nerón dentro del breve lapso temporal de la obra. El anacronismo histórico es indicio de que el autor compuso su obra a partir de fuentes escritas y recogió en la presentación de este emperador todo lo que era más conocido y, por así decirlo, típico de Nerón.

Coetáneo del autor anterior, Publio Papinio Estacio (c.45-c.96), en su colección de poemas varios, se refiere en una ocasión al desastre del fuego propiciado por Nerón. La obra en cuestión, *Silvas* II 7, honra a uno de los poetas más reconocidos de Roma, Lucano, a quien Nerón ordenó suicidarse en el año 65 d.C. por su implicación en la conspiración de Pisón<sup>50</sup>. El poema está dirigido a la viuda de Lucano, Argentaria Pola, en honor de lo que habría sido el quincuagésimo cumpleaños de Lucano en el año 89 d. C., y proporciona un monumento poético a la carrera de Lucano como poeta<sup>51</sup>. En *Silvas*, II 7, Calíope alude a algunas obras que Lucano compuso, entre las que destacan *Carmen*, *Iliacon* (II 7,55-56), *Catachthonion* (57), un poema laudatorio al ingrato Nerón (es decir, los *laudes Neronis*) y *Orfeo* (58-59). Dos versos de Estacio están dedicados al fuego (*infandos domini nocentis ignes*):

Presentarás ante el hechizo del teatro al ingrato Nerón y  
a mi Orfeo. Cantarás las llamas criminales que se extenderán  
por las techumbres de Remo por obra de un tirano dañino  
(*Silvas* II 7,60s.).

<sup>50</sup> C. E. Newlands, *Statius' Silvae and the Poetics of Empire*, Cambridge University Press, Cambridge 2004, 27-36. Lucano ofreció un modelo de discurso que fue política y abiertamente desafiante y que terminó en un desastre personal y político con su suicidio. Su muerte se describe como el silenciamiento de su voz poética. Sobre el objeto de esta obra poética Id., "The First Biography of Lucan: Statius' *Silvae* 2.7", en: P. Asso (ed.), *Brill's Companion to Lucan*, Leiden – Boston 2011, 435-451.

<sup>51</sup> J. P. Sullivan, *Literature and Politics in the Age of Nero*, Cornell University Press, Ithaca – London 1985, 191, n. 4, considera que el incendio de Roma ya se había atribuido a Nerón en la obra de Lucano, *De Incendio Urbis* y Estacio parece sugerir que el pseudo-Seneca *Octavia* fue escrito por el mismo autor.

Nuestros versos son muy escuetos para poder describir las acciones de Nerón que critica, pero claramente lo inculpa por el fuego, considerando criminal su mano ejecutora. En comparación con Marcial, quien también escribió para la misma ocasión un epigrama dedicado igualmente a Lucano (Marcial, 7,21-23), el ataque de Estacio es más continuado porque atribuye el incendio de Roma al emperador y retrata a Nerón perseguido en el infierno por la antorcha vengativa de Agripina, su madre asesinada.

Los versos mencionados anteriormente constituyen un resumen de una obra perdida, *De Incendio Urbis*, del escritor hispano Lucano. La información referente a la existencia de este opúsculo se limita a la *Vida de Lucano* del gramático Vacca (s. VI) y a la obra de Estacio. Comenzando de nuevo con los anteriores discursos en prosa a favor y en contra de Octavio Sagitta, Vacca pasa al *De Incendio Urbis* (necesariamente después del gran incendio del 64) y a las *Cartas de Campania*. Según Vacca, estas serían las últimas obras de Lucano<sup>52</sup>. Pero, el único testimonio para dilucidar el contenido de la obra *De Incendio Urbis* se encuentra en las dos líneas de Estacio. *Culminibus Remi* claramente hace referencia a Roma, y con esa expresión su autor se está refiriendo a un poema sobre la conflagración de Roma, *De Incendio Urbis*. Según Frederick M. Ahl, el hecho de que los fuegos sean nefandos sugiere que “el incendio fue causado por alguna acción criminal y el genitivo *domini nocentis* no tiene sentido a no ser que lo tomemos como una indicación de la fuente del incendio. Por consiguiente, *domini nocentis* implica que el incendio fue causado por un maestro culpable, un emperador culpable, Nerón. La importancia de los versos es clara: bien Lucano o Estacio pensaron que Nerón fue el responsable del incendio de Roma, la gran conflagración de julio del año 64”<sup>53</sup>.

Muy probablemente, el poema de Lucano trataba sobre el fuego de la ciudad de Roma, del que su autor responsabilizaba a Nerón. Una obra de tales características habría sido intolerablemente ofensiva para el emperador, no solo a causa del extendido rumor de que era el causante del incendio, sino porque Lucano

<sup>52</sup> En una lista proporcionada por Vacca sobre las obras de Lucano menciona catorce libretos de pantomimas (*fabulae salticae*), epigramas, cartas de Campania y *sobre el incendio de la Urbe (De Incendio Urbis)*.

<sup>53</sup> F. M. Ahl, “Lucan’s *De Incendio Urbis, Epistulae ex Campania* and Nero’s Ban”, *Transactions and Proceedings of the American Philological Association* 102 (1971) 1-27, aquí p. 6; Id., *Lucan: An Introduction*, Ithaca 1976, 350-351.

era, supuestamente, su amigo y protegido. Una acusación tan condenatoria de alguien tan cercano hubiera dado mayor plausibilidad a los rumores que circulaban sobre la culpabilidad del príncipe. Las consecuencias políticas deben haber sido perjudiciales para Nerón. Por desgracia, desconocemos las medidas adoptadas por el emperador contra Lucano. Pero es sintomático que en algún momento hacia finales del 64 o principios del año 65, Nerón prohibió las apariciones de Lucano en los tribunales de justicia y, posteriormente, incluso la recitación de sus poesías. Si los estudiosos modernos tienen razón al afirmar que el César no fue responsable del incendio, la obra *De Incendio Urbis*, en sí misma, habría sido motivo suficiente para que Nerón silenciara a Lucano. Si la obra se publicó en vida del autor, entonces habría que datarla entre agosto y septiembre del año 64. Con ello estaríamos hablando de la obra más antigua conocida sobre el incendio de Roma, que culpabilizaba del mismo al emperador. El opúsculo corroboraría las acusaciones de incendiario vertidas contra el emperador por el tribuno Subrio Flavo, tal y como hemos visto anteriormente.

Si esta reconstrucción es plausible, entonces tal vez el mismo Plinio el Viejo, conoció la obra de Lucano y de ahí tomó la indicación del fuego para su *Historia Natural* (finalizada en el año 77 o 78), obra que fue dedicada al príncipe Tito, tal y como señala en el prefacio (*HN* 6), o Plinio recogió rumores que circulaban en su tiempo sobre la conflagración, teniendo en consideración su fuerte postura antineroniana a la hora de componer su enciclopedia *Historia Natural*. Hablando del nacimiento de los niños, menciona que los príncipes Gayo y Domicio Nerón fueron antorchas del género humano (*totidem faces generis humani*): “Nerón, príncipe hace poco tiempo y enemigo del género humano durante todo su principado, nació de pie, según escribe Agripina, su madre”<sup>54</sup>. Presenta a Nerón como una antorcha de fuego, lo cual conlleva una resonancia apropiada en vista del rumor que circulaba responsabilizando al César del incendio. Es sintomático que por su salvajismo, Plinio lo convierta en enemigo del género humano (*hostis humani generis*), su antítesis del ideal humanitario estoico.

<sup>54</sup> Plinio, *HN* 7,45s. The Elder Pliny, *On the Human Animal. Natural History. Book VII*. (Translated with Introduction and Historical Commentary by M. Beagon), Oxford 2005, 198. Tácito empleará esa misma acusación contra los cristianos.

Si Tácito estaba interesado en mostrar la pérdida de población del emperador entre el pueblo y el suplicio de los cristianos constituía una prueba más, el resto de los autores greco-romanos expuestos conocen el incendio y su ‘supuesta’ e ‘interesada’ vinculación con Nerón, pero no mencionan ningún tipo de persecución de los cristianos.

#### 4. EL INCENDIO Y LA PERSECUCIÓN NERONIANA EN LAS FUENTES CRISTIANAS

La tradición cristiana más antigua guarda un extraño silencio sobre este acontecimiento dramático de su historia y sobre la vinculación de la persecución con el fuego. Exceptuando Sulpicio Severo y las cartas apócrifas entre Pablo y Séneca, ni un solo escritor cristiano menciona lo que seguramente habrían considerado como el primer martirio a gran escala tras el incendio. Severo Sulpicio (363-c.425), aristócrata de Aquitania, quien en su *Chronica* (2.29.9) a principios del siglo V sigue claramente a Tácito y lo reproduce, constituye la primera fuente cristiana en mencionar que los cristianos fueron culpados y castigados por Nerón como consecuencia del fuego<sup>55</sup>. Tertuliano, Lactancio, Jerónimo (*Vir. Ill.* 5, *Chron.*) y Eusebio, sí se refieren a Nerón, pero como perseguidor sin relacionarlo con el incendio. Los supuestos destinos de Pedro y Pablo hicieron esto inevitable. El caso de Eusebio es sorprendente, ya que su *Historia Eclesiástica* es una historia exhaustiva de martirios en cada rincón del imperio, algunos significativos, pero otros menos importantes desde una perspectiva histórica. Por este motivo sorprende su silencio sobre la primera ejecución masiva registrada de creyentes conforme a la tradición.

<sup>55</sup> Para el denominado fragmento 2 de Tácito (= Sulpicio Severo, *Chronica* II 30.6-7) que menciona a los *christiani*, E. Laupot, “Tacitus’ fragment 2. The anti-Roman movement of the Christians and the Nazoreans”, *Vigiliae Christianae* 54 (2000) 233-247; J. B. Pischedda, “I Christiani nel Frammento 2 di Tacito: un teologumeno di Sulpicio Severo”, en: V. Polidori (ed.), *Non solum circulatorum ludo similia. Miscellanea di studi sul Cristianesimo del primo millennio*, Roma 2018, 66-94, concluye que “il cosiddetto Frammento 2 di Tacito non possa essere considerato un rimando più o meno letterale a un perduto testo tacitano, bensì un complesso teologumeno severiano elaborato da diverse fonti e contenente diversi echi, rimandi e suggestioni”.

La antigua literaria cristiana recordó a Nerón y su época de varias maneras, pero fundamentalmente destacan tres imágenes de su persona: perseguidor, herético y anticristo<sup>56</sup>. Es discutible si la descripción realizada por el historiador Tácito del castigo infligido por Nerón contra los cristianos después del incendio (*Anales* XV 44,2-5) contribuyó a establecer la reputación de Nerón como el “primer perseguidor del cristianismo”<sup>57</sup>. Esta presentación del príncipe como “perseguidor” es la más abundante y destacada. Aparece por primera vez en la segunda mitad del siglo II, en la *Apología* de Melitón de Sardes dirigida al emperador Marco Aurelio (161-180) en torno al año 170, (irremediablemente pérdida y conocida gracias a los fragmentos de la obra conservados en la *Historia Eclesiástica* de Eusebio de Cesarea), en la que su autor afirma que Nerón y Domiciano propalaron acusaciones falsas sobre la doctrina cristiana:

“Entre todos, solamente Nerón y Domiciano, persuadidos por algunos hombres malévolos, quisieron calumniar a nuestra doctrina, y ocurre que de ellos derivó, por costumbre irracional, la mentira calumniosa contra tales personas” (*HE* IV 26,9)<sup>58</sup>.

Posteriormente, hacia el año 197, Tertuliano de Cartago, en su obra el *Apologético* V 3, presentó también a Nerón como el primer perseguidor de los cristianos:

“Consultad vuestros archivos; encontraréis allí que Nerón fue el primero en arremeter ferozmente con su cesárea espada

<sup>56</sup> Para la recepción de la figura de Nerón en la antigüedad tardía, Shushma Malik, “Ultimate Corruption Manifest: Nero as the Antichrist in Late Antiquity”, en: Ph. Bosman (ed.), *Corruption and Integrity in Ancient Greece and Rome* (Acta Classica: Proceedings of the Classical Association of South Africa, Suppl. 4), Pretoria 2012, 169-86; H. O. Maier, “Nero in Jewish and Christian Tradition from the First Century to the Reformation,” en: E. Buckley – Martin T. Dinter (eds.), *A Companion to the Neronian Age* 385-404; D. I. Eastman, *Paul the Martyr: The Cult of the Apostle in the Latin West* (WGrWsup 4), Atlanta 2011.

<sup>57</sup> S. Agustín, *La Ciudad de Dios* XVIII 52: “Pues cuentan por la primera la que motivó Nerón, la segunda Domiciano, la tercera Trajano, la cuarta Antonino, la quinta Severo, la sexta Maximino, la séptima Decio, la octava Valeriano, la novena Aureliano y la décima Diocleciano y Maximiano... ¿Por qué, pues, quieren hacerlas comenzar en Nerón, si la Iglesia fue creciendo hasta los días de Nerón en medio de atrocísimas persecuciones?”.

<sup>58</sup> Eusebio de Cesarea, *Historia Eclesiástica. Traducción castellana de A. Velasco-Delgado* (BAC 612), Madrid 2008, p. 256.

contra este grupo de seguidores de Cristo cuando surgía con fuerza en Roma. Es para nosotros motivo de gloria que él fuera el primero en condenarnos; en efecto, quien le conoce, puede entender que por Nerón no puede ser condenado, sino un gran bien”<sup>59</sup>.

Unos años más tarde, hacia el 211, en su obra *Scorpiace o antídoto para la picadura del escorpión*, dirigida contra la enseñanza de los valentinianos de que Dios no puede aprobar el martirio, el apologista de Cartago, interpreta los textos evangélicos de Jn 21,36 y 13,36 referidos a la muerte de Pedro como un martirio mediante la crucifixión durante el reinado de Nerón, haciendo responsable de su muerte al mismo emperador:

“Leemos en la *Vida de los Césares*: ‘Nerón fue el primero en Roma que derramó la sangre de los miembros de la fe naciente’. Pedro fue ceñido por otro al ser sujetado a la cruz. Pablo vuelve a obtener por nacimiento la ciudadanía romana cuando renace allí por la generosidad del martirio” (*Escorpión XV 3*).

A pesar de presentar a Nerón como el primer perseguidor del cristianismo, Tertuliano no menciona el incendio ni una masacre a gran escala. Ordena a su lector que verifique los anales históricos, al tiempo que señala que consultó las “vidas de los Césares” (*vitas Caesarum legimus*).

Nerón no pasó inadvertido para los autores patrísticos de los siglos IV y V, encontrándose presente en las diversas listas de perseguidores proporcionadas por Lactancio, Eusebio de Cesarea, Sulpicio Severo y Paulo Orosio<sup>60</sup>. Del mismo modo que Tertuliano, el retórico cristiano Lactancio, en su obra *Sobre la muerte de los perseguidores* compuesta a inicios del siglo IV (tal vez hacia el año 309), lo describió como un tirano nefasto y da las razones por las cuales persiguieron a sus compañeros creyentes. Pero no menciona el incendio neroriano. Sin embargo, vincula la persecución de este emperador contra los cristianos y los martirios de Pedro y Pablo, con el hecho de que la gente estaba abandonando

<sup>59</sup> Tertuliano, *El apologético. Introducción, traducción y notas de Julio Andión Marán*, Madrid 1997, 39.

<sup>60</sup> J. Rougé, “Néron à la fin du IV<sup>e</sup> et au debut du V<sup>e</sup> siècle”, *Latomus* 37 (1978) 73-87; Waltraud Jakob-Sonnabend, *Untersuchungen zum Nero-Bild der Spätantike* (Alturtumswissenschaftliche Texte und Studien 18), Hildesheim – Zürich – New York 1990, 133-152.

el culto tradicional. La ausencia de la conflagración es doblemente llamativa ya que fue precisamente un incendio en Nicomedia (dos de ellos, de hecho) lo que causó que Galerio y Diocleciano se volvieran contra los cristianos en la gran persecución del año 303 d.C.

“Cuando Nerón era ya emperador, llegó Pedro a Roma y, después de hacer algunos milagros,..., convirtió a muchos a la justicia y levantó a Dios un templo indestructible. Esto llegó a conocimiento de Nerón, quien, al constatar que no sólo en Roma sino en todas partes y a diario, una gran multitud se apartaba del culto de los dioses y, tras condenar la vieja religión, se pasaba a la nueva, dada su condición de tirano execrable y funesto, se lanzó a la destrucción del templo celestial y al aniquilamiento de la justicia convirtiéndose así en el primer perseguidor de los siervos de Dios. A Pedro lo crucificó y a Pablo lo decapitó. Pero no quedó impune, pues no le pasó a Dios inadvertida la vejación de su pueblo. En efecto, derribado del pedestal y derrocado de su poder supremo, este tirano desenfrenado desapareció tan de repente, que ni siquiera se ha podido descubrir el lugar en que se encuentra la sepultura de tan malvada bestia. De ahí viene el que algunos locos crean que ha sido transferido a algún lugar y conservado vivo de acuerdo con las palabras de la Sibila: ‘un matricida fugitivo vendrá de los confines de la tierra’ [*Orac. Sibil.* VIII 70-71; V 363]. De este modo, por haber sido el primer perseguidor sería también el último y el predecesor de la venida del anticristo. Esto es impío creerlo” (2,5-7)<sup>61</sup>.

A comienzos del siglo V y continuador superficial de la obra de Lactancio, Paulo Orosio considera que la “ira de Dios” genera justificados y terribles castigos a los emperadores perseguidores del cristianismo, además de catástrofes, incendios, etc. Este autor cristiano incluyó en sus *Historiae adversus paganos* las biografías de los emperadores romanos, independientemente de que fuesen retratados y calificados como “malos”, “buenos”, “protectores” o “perseguidores” del cristianismo. Su obra, pobre intelectualmente, opinable históricamente, pero operativa para la propaganda que generaban los hombres de iglesia frente a las pervivencias y mutaciones religiosas que signaban la época, afirma que Nerón no solo fue el primero en “perseguir” a los cristianos por sus

<sup>61</sup> Lactancio, *Sobre la muerte de los perseguidores*. (Traducción y notas de Ramón Teja), Madrid 1982, 67-68.

creencias religiosas, sino que también lo hizo en todo el Imperio, a pesar de que no hay evidencias para apoyar una persecución a escala imperial.

“El colmo fue que, para darse el placer de verlo, provocó el incendio de la ciudad de Roma. La ciudad ardió durante seis días y siete noches, tuvo miedo ante la presencia del tirano. Los almacenes construidos con sillares cuadrados y aquellas magníficas manzanas de casas de los antepasados, en las que la llama, pasando de largo, no podía entrar, fueron derrumbadas e incendiadas con aquellas máquinas usadas en otro tiempo para guerras en el exterior, mientras que la desgraciada plebe se vio empujada a buscar guarida en los monumentos y tumbas. Todo ello lo miraba él desde aquella altísima torre de Mecenas y, alegre, según decía él mismo, por la belleza de las llamas, recitaba la *Ilíada* vestido con indumentaria de actor trágico. En lo que a su codicia se refiere fue ésta tan avasalladora que, tras el incendio de la ciudad,..., a nadie se le permitió acercarse a los restos de sus bienes; todo lo que de alguna forma había escapado de las llamas, se lo quedó él” (*Historias* VII 7,4-7)<sup>62</sup>.

Es significativo que unos párrafos más adelante, el presbítero español mencione los martirios de Pedro y Pablo durante el reinado de Nerón, pero sin vincularlos con el gran incendio, sino simplemente como una medida nefasta más de este “malvado” emperador.

“Aumentó aún más este conjunto de crímenes su osado desprecio hacia Dios. Fue, en efecto, el primero que, en Roma, sometió a los cristianos al martirio y a la muerte y ordenó que se les persiguiese y atormentase igualmente por todas las provincias; y, en su intento de extirpar el propio nombre cristiano, ejecutó a los bienaventurados apóstoles de Cristo, Pedro y Pablo: a uno en la cruz y al otro con la espada” (*Historias* VII 7,10).

En comparación con la descripción de las persecuciones en los autores patrísticos anteriores, Paulo Orosio sería el primero en vincular la condición de perseguidores (de los emperadores señalados como tales) con la repetición reiterada de la idea de que cada uno de los césares en comportarse de forma hostil con

<sup>62</sup> P. Orosio, *Historias. Libros V- VII* (Traducción y notas de Eustaquio Sánchez Salor), Madrid 1982, 187-188.

el cristianismo lo habrían hecho “después de Nerón”, siéndoles adjudicada una posición ordinal en función del momento histórico en que accedieron al trono.

Eusebio (c. 260 – c. 339), nacido en Palestina, compuso su gran obra historiográfica, *Historia Eclesiástica*, hacia el 324, aunque fue objeto de varias reelaboraciones. En ella nos ofrece un repertorio de martirios y persecuciones que sufrió la iglesia. Refiriéndose a Nerón, describe ampliamente su maldad, quien llevado por su demencia produjo la muerte de innumerables gentes, incluso entre sus seres más allegados, como fueron su madre, sus hermanos y su esposa, como si fueran verdaderos enemigos. Centrándose en las medidas adoptadas contra los cristianos, afirma que fue el primer emperador que se mostró enemigo de la piedad para con Dios, para lo cual recoge la mención que hace de él Tertuliano:

“Leed vuestras memorias. En ellas encontraréis que Nerón fue el primero en perseguir a esta doctrina, sobre todo cuando, después de someter todo el Oriente, en Roma era cruel para con todos. Nosotros nos gloriamos de tener a un tal por autor de nuestro castigo, porque quien lo conozca podrá comprender que Nerón no podía condenar nada que no fuera un gran bien. Así, pues, éste, proclamado primer enemigo de Dios entre los que más lo fueron, llevó su exaltación hasta hacer degollar a los apóstoles. Efectivamente, se dice que, bajo su imperio, Pablo fue decapitado en la misma Roma, y que Pedro fue crucificado. Y de esta referencia da fe el título de Pedro y Pablo que ha predominado para los cementerios de aquel lugar hasta el presente”<sup>63</sup>.

Eusebio no menciona la conflagración y presenta a Nerón como el primer perseguidor de los cristianos, destacando especialmente entre ellos la muerte de Pablo y Pedro, presumiblemente perecieron en Roma durante su reinado. No obstante, sus martirios no vienen vinculados con el gran fuego del 64.

Otros documentos más tardíos vincularán la persecución neroniana de los cristianos con el fuego, aunque sin conectar el incendio con la muerte de Pablo, tal y como se constata en la siguiente carta dirigida supuestamente por Séneca al apóstol, donde se lamenta de las muertes martiriales de los cristianos bajo el reinado de Nerón, por lo que Pablo no se encontraba entre los fallecidos:

<sup>63</sup> Eusebio, *HE* II 25.4-5.

“Es bien conocido cuál es origen de los incendios que frecuentemente sufre Roma. Pero si los humildes hubieran podido revelar su causa y fuera lícito hablar impunemente en estas tinieblas, entonces ya estaría claro para todos. Sucede frecuentemente, por desgracia, que cristianos y judíos son enviados al suplicio como incendiarios. Pero este asesino, quien quiera que sea, que encuentra regocijo en la masacre y que se refugia en la mentira, tendrá el fin que se merece en el tiempo establecido para él, y como todos los mejores se han sacrificado por sí mismos por los demás, así también este, arrojado a la muerte por todos, arderá en el fuego. Se incendiaron ciento treinta y dos palacios y cuatro mil bloques de apartamentos en seis días; el séptimo dio una pausa”<sup>64</sup>.

Este pasaje, proveniente de una de las cartas del epistolario entre Séneca y Pablo, constituye, junto con Sulpicio Severo, una de las primeras referencias cristianas que vincula la persecución decretada por Nerón con el fuego de la ciudad de Roma del año 64. Aunque se discute la autenticidad de dicha correspondencia, así como su datación, parece plausible que se trata de un producto de la literatura apócrifa surgida posiblemente en el siglo IV<sup>65</sup>. No obstante, la epístola XI, que menciona el incendio de Roma del 64, pudiera haber sido añadida en un segundo momento por una mano diferente. De hecho, se constata una actitud radicalmente diversa frente a la persona de Nerón, pues en el resto de las cartas, la figura del emperador suele aparecer como un príncipe iluminado, que demuestra interés y benevolencia con Pablo, mientras que en esta misiva se muestra tirano, perseguidor y anticristo<sup>66</sup>.

<sup>64</sup> *Epistolario apócrifo de Séneca y San Pablo*, carta XI (XIV?). No tenemos ningún otro testimonio de que también se inculpara a los judíos del incendio de Roma en el 64. Sin embargo, en el año 67 d.C. se culpó a los judíos de un incendio acaecido en Antioquía (Josefo, *BJ* VII 3,4).

<sup>65</sup> Para la datación de esta correspondencia J. L. González, “Autenticidad y datación del epistolario de Séneca y San Pablo”, *Fortvnatae* 25 (2014) 169-181; H. M. Hine, “Seneca and Paul: The First Two Thousand Years”, en: J. R. Dodson – D. E. Briones (eds.), *Paul and Seneca in Dialogue* (Ancient Philosophy & Religion 2), Leiden – Boston 2017, 22-48.

<sup>66</sup> L. Bocciolini Palagi, *Epistolario apócrifo di Seneca e San Paolo* (Biblioteca Patristica), Bologna 1999<sup>2</sup>, 40-43: “A mio avviso l’unica spiegazione plausibile rimane che questa lettera sia stata aggiunta da una mano diversa, probabilmente con l’intento di rimensionare la figura di Nerone, che poteva apparire fin troppo benévola” (42). Esta tesis, previamente propuesta por Eugen Westerburg, viene criticada por A. Fürst – Th. Fuhrer – F. Siegert – P. Walter, *Der apokryphe Briefwechsel zwischen Seneca und Paulus* (Scripta Antiquitatis Posterioris ad Ethicam Religionemque pertinentia XI), Tübingen 2006, 8-10, quienes abogan por la composición de todas las cartas antes del 392

Un apocalíptico Nerón fue producto del Nuevo Testamento y sus intérpretes. En la tradición cristiana, este emperador pasará a la historia por ser quien juzgó y condenó a Pablo (Hch 27,14; 2 Tim 4,16-18) y ejecutó a Pedro (Jn 21,18-19): una tradición que se selló al vincular sus muertes con descripciones del martirio cristiano en 1 *Clemente* 5.2-7, así como el relato de la persecución y quema de cristianos por parte de Nerón por parte de Tácito (*Anales* 15.44)<sup>67</sup>. Existió una amplia tradición referente a los martirios de Pedro y Pablo durante el reinado de Nerón, lo cual se ha aducido como testimonio de la historicidad de las ejecuciones cristianas y, en parte, como consecuencia del incendio. No obstante, aunque es muy probable el hecho histórico de la muerte de Pedro y Pablo en la ciudad de Roma en esa década, sin embargo no es tan claro que sus muertes fueran consecuencia de la persecución a causa del incendio. Como he señalado en otro lugar, en contra de B. Shaw, ningún dato impide que Pedro muriera en la ciudad imperial, e incluso martirizado, aunque también es verdad que tampoco existen testimonios que lo puedan certificar. Más difícil es explicar su muerte por la acusación de incendiario, pues lo normal es que como incendiario lo hubieran arrojado a las bestias o quemado, en lugar de crucificarlo<sup>68</sup>. Por su parte, Pablo, bien

d.C.: "Im letzten Viertel – des 4. Jahrhunderts, jedenfalls vor 392/93 den Briefwechsel zwischen Seneca und Paulus im uns huetete vorliegenden Umfang von vierzehn Briefen als einheitliches Werk geschaffen hat" (p. 10)

<sup>67</sup> J. A. Harrill, "Saint Paul and the Christian Communities of Nero's Rome", en: Sh. Bartsch – K. Freudenburg – C. Littlewood (Eds.), *The Cambridge Companion* 276-289: En lugar de fuentes históricamente fiables, fue la sátira romana y la invectiva que asaltaba a Nerón como el malvado emperador (una figura) arquetípica, lo que proporcionó el fondo principal y los temas en los que autores cristianos posteriores expusieron sus fantásticas narraciones del martirio de Pablo. La matriz que genera el monstruo (tirano) Nerón en la cultura cristiana tardía fue la crítica generalizada de Nerón en la era de los Flavios, que floreció bajo Trajano y luego se volvió sobre Domiciano como Nerón *redux / redivivus*. Las ecuaciones abiertas entre Domiciano y Nerón alimentaron los oráculos apocalípticos acerca de un adversario escatológico, que finalmente configuró a Nerón como el anticristo. Los relatos de las tribulaciones neronianas de Pablo revelan más acerca de cómo los antiguos cristianos recordaban la era de Nerón que de cómo los primeros seguidores de Jesús en Roma pudieron haber vivido (o muerto) en ese periodo.

<sup>68</sup> La ley contra los incendiarios era clara. Las personas de bajo rango eran arrojadas a las bestias conforme a un rescripto de Antonino, la legislación contra los incendiarios en J. G. Cook, *Roman Attitudes* 72, n. 210; R. A. Bauman, *Crime and punishment in ancient Rome*, New York 1996, 67.127.

pudo fallecer en Roma, pero no necesariamente martirizado<sup>69</sup>. Sin embargo, debemos indicar que incluso las muertes de Pedro y Pablo difícilmente hubieran podido eclipsar por completo una catástrofe de tal envergadura para la ciudad de Roma.

Clemente de Roma, en su primera epístola a los Corintios, se refiere a las muertes de Pedro y Pablo *dia zelou* (“por los celos”) y relata cómo, también a través de los celos, los miembros de los elegidos sufrieron y las mujeres, nuevas Danaidas y Dirces, fueron perseguidas, sufriendo terribles tormentos (1 *Clem* 5.2-6.2)<sup>70</sup>. Pero el texto del manuscrito de este pasaje, especialmente la referencia a las Danaidas y Dirces, es disputado. Se discute a qué reinado atribuye Clemente estos castigos, ni tampoco está claro que tuvieran lugar en Roma, pero la tradición los ha interpretado como referentes al periodo de Nerón. No obstante, los castigos descritos son bastante diferentes a los mencionados en los *Anales* y no hay indicios de una conexión con el fuego.

El libro de Apocalipsis (ca. 93-6) proporciona la recepción más temprana de un Nerón apocalíptico que representa todo el mal cósmico. Las visiones del autor incluyen una “bestia” de múltiples cabezas, que reclama su dominio imperial del mundo como el agente de Satanás identificado por el número 666 (Ap 13,1-18; 17,9-11). Estos oráculos proporcionan referencias veladas a las leyendas del regreso de Nerón que circulaban en la época. La numerología judía (gematría) despliega un nombre cuyas letras hebreas transliteradas en griego identifican a César Nerón. El odio del autor hacia Roma encuentra una expresión particular en el papel del Domiciano sin nombre, pero inconfundible como *Nero redivivus*, un adversario escatológico diseñado como un tirano sediento de sangre y un perseguidor de los cristianos<sup>71</sup>. El

<sup>69</sup> Para ello, D. Álvarez Cineira, “La muerte de Pedro y Pablo en Roma”, *Estudio Agustiniano* 39 (2004) 445-478; “¿Murió Pedro en Roma?”, *Estudio Agustiniano* 53 (2018) 615-645.

<sup>70</sup> Para la relación de este pasaje con la narración de Tácito sobre los cristianos T. Schmitt, „Des Kaisers Inszenierung. Mythologie und neronische Christenverfolgung“, *Zeitschrift für Antikes Christentum* 16 (2012) 487-515. La descripción de estas muertes es una variación de los castigos seleccionados que caracterizó la persecución neroniana de los cristianos. Empleando mitos populares en la Roma de la época, los castigos histriónicos eran expresiones del papel del emperador como un artista filantrópico.

<sup>71</sup> La presentación de un Nerón *redivivus* y como anticristo, que también aparece en los *Oráculos sibilinos* V 28-34.214-227.362-370; VIII 70s.153-159.176s, se encuentra ampliamente documentada en los círculos cristianos

hecho de que Domiciano, a nivel histórico, no fuera un perseguidor de los cristianos, es más importante para la historia que para la antigua imaginación apocalíptica.

Si el libro de Apocalipsis presenta un Nerón apocalíptico, una imagen bastante diferente se encuentra en *El martirio de Pablo*, el relato más antiguo existente de Nerón como perseguidor de Pablo<sup>72</sup>. La obra se incorporó a los *Hechos apócrifos de Pablo* (ca. 170-180<sup>73</sup>) y posiblemente se podría datar unas décadas antes. Los *Hechos de Pablo* (3-6) hacen que el emperador Nerón se ponga celoso del “verdadero rey, Jesucristo” cuando Pablo roba soldados del ejército del emperador para convertirlos en soldados de Dios. Un inflamado Nerón arresta a Pablo, quema a varios soldados convertidos y luego decapita al apóstol. De forma milagrosa, el apóstol regresa a la corte imperial y como un fantasma se aparece al emperador, prometiéndole que Dios lo castigará por sus malas acciones. Un Nerón amonestado obedece las órdenes *postmortem* de Pablo de liberar a los prisioneros restantes. La narración termina con los soldados y esclavos romanos liberados prometiendo su lealtad a Pablo, quien los bautiza y glorifica a Dios.

En los *Hechos de Pedro*, el prefecto romano, Agripa, crucifica a Pedro cabeza abajo por convertir a sus concubinas y enseñarles

de los siglos IV y V d.C.: Lactancio, *mort pers.* 2; Sulpicio Severo, *Chron* II 28s; *Dial.* II 14; V. de Petau, *in Apoc. Comm.* 12,3b; 13,3; Jerónimo, *in Dan. comm.* IVI 11,28b-30a; *commodian, instr.* I 41,7.11; *carm. Apol.* 823-830.933-936; Juan Crisóstomo, *in Rom. Hom.* 31,5; *in 2 Thess. Hom.* 4,1.

<sup>72</sup> W. Rordorf, „Die neronische Christenverfolgung im Spiegel der apokryphen Paulusakten“, *New Testament Studies* 28 (1982) 365-374; J. Cuesta Fernández, “La persecución neroniana y el martirio de Pedro y Pablo en las Acta Apocrypha”, en G. Bravo – R. González Salinero (coord.), *Formas de morir y formas de matar en la Antigüedad romana. Actas del X Coloquio de la Asociación Interdisciplinar de Estudios Romanos (AIER)*, Madrid 2013, 495-508.

<sup>73</sup> Los *Hechos apócrifos de Pablo* se suelen fechar en los años 170-180. Sin embargo, algunos estudiosos han propuesto que el arco de datación debe ser más amplio, desde los años 140 hasta los 180. G. E. Snyder, *Acts of Paul: Formation of a Pauline Corpus* (WUNT II 352), Tübingen 2013, 59-63, aboga por una multiplicidad de obras independientes que circularon y confluyeron en lo que ahora conocemos como *Hechos de Pablo*. Eso mismo afirma para el *martirio de Pablo*, que pudo ser escrito durante el reinado de Trajano (98-117). Para una datación temprana, S. McDowell, *The Fate of the Apostles. Examining the Martyrdom accounts of the Closest Followers of Jesus*, Farnham – Burlington 2015, 109-110.

la abstinencia sexual, pero Nerón condena a su prefecto por enviar a la muerte al apóstol antes de que pueda torturarlo él mismo (4; 9; 12)

Estos últimos relatos desdibujan las líneas entre la historia, la leyenda y la apocalíptica neotestamentaria, y revelan cuán productivo fue la figura de Nerón para la imaginación cristiana primitiva. El material supuestamente histórico se combina con lo obviamente legendario para ofrecer coloridos retratos de las relaciones del emperador con los cristianos. El retrato apócrifo recibió así sus temas e información de fondo de la invectiva anti-neroniana ya presente en la literatura romana.

##### 5. LA PERSECUCIÓN NERONIANA ¿UN MITO?

Expuestos los textos de autores greco-romanos que abordan el incendio de Roma, así como la figura de Nerón en los textos cristianos antiguos, tenemos que plantear la cuestión de si la ejecución por parte de Nerón de los cristianos, como los culpables reales o supuestos, tuvo realmente lugar o no. Es decir, ¿hasta qué punto es veraz el relato de Tácito? En opinión de B. Shaw, lo que parece hacer que la idea sea tan convincente e imposible de descartar es que se basa en una fuente histórica de alta calidad, de fidelidad aparentemente irrecusable, los *Anales* del historiador Tácito<sup>74</sup>. Las cualidades de veracidad y precisión del historiador, dentro de los límites tolerables de las fuentes de las que dispone, no suelen plantear serias dudas. B. Shaw está convencido de que todo el pasaje sobre el fuego es genuino de Tácito<sup>75</sup>.

No obstante, este mismo autor considera implausible el contenido del mismo, para lo que aduce dos razones fundamentales. En primer lugar, aunque el argumento *ex silentio* nunca es definitivo, en este caso parece particularmente significativo el hecho de que Plinio, Suetonio y Dion Casio no se refieran a los cristianos cuando describen el fuego. Son inflexibles al afirmar, por supuesto, que Nerón fue el responsable del incendio, pero

<sup>74</sup> R. Syme, *Tacitus* I 378-396: "Granted that he is in general both diligent and accurate" (p. 396).

<sup>75</sup> B. D. Shaw, "The Myth" 80.

es difícil explicar por qué no presentaron a los cristianos como chivos expiatorios, tal y como hace Tácito. Si las personas conocidas como cristianos hubieran sido responsables de la catástrofe que casi destruyó la metrópoli del Imperio –o que, al menos, se creía que habían sido los culpables– y que habían sido castigados por este acto de criminalidad, entonces es increíble que Plinio el Joven desconociera esta vinculación con los cristianos. Además, la manera en que Plinio expresa su desconocimiento presupone que el emperador tampoco esperaba que él o cualquier otro romano de alto rango poseyeran un conocimiento tan obvio acerca de los cristianos.

En segundo lugar, B. Shaw aduce el empleo anacrónico que hace Tácito del término *chrestiani* para un grupo que supuestamente no era lo suficientemente distintivo como para ser culpado por el fuego<sup>76</sup>. El vocablo no era frecuente en las comunidades cristianas de la segunda generación. El primer uso del nombre “cristiano” como autoidentificación es afirmado por el historiador de Lucas-Hechos (90 d.C.). Una carta atribuida a Pedro emplea asimismo el término cristiano en un contexto manifiesto de persecución y martirio, pero la datación del escrito suele situarse a finales de los años 90<sup>77</sup>. Por su parte, Ignacio de Antioquía utiliza en repetidas ocasiones el apelativo cristiano en un contexto donde el gran público y las autoridades reconocieron y usaron el vocablo. No obstante, la datación de sus cartas en su estado actual habría que situarla, según B. Shaw, en los años 150. Estos datos le llevan a concluir que, fue por primera vez hacia los años 110 cuando algunas personas fueron acusadas y ejecutadas por llevar el nombre de cristiano, es decir, la época en que Plinio, Tácito y Suetonio escribían sobre los cristianos y empleaban el término. “Por lo tanto, parece improbable que las personas que fueron ejecutadas por Nerón constituyeran un grupo social específico a quien la plebe de Roma conocía lo suficiente como para denominarlo cristianos o *chrestianos*, personas que eran odiadas

<sup>76</sup> Id., 90. Esta idea ya fue expresada en el siglo XIX, como podemos observar en Hermann Schiller, *Geschichte des römischen Kaiserreichs unter der Regierung des Nero*, Weidmannsche Buchhandlung, Berlin 1872, 487: “Von einer Neronischen Christenverfolgung kann also keine Rede sein. Die Christen führten damals noch garnicht diesen Namen, das Volk wußte i. J. 64 noch nichts von ihnen”.

<sup>77</sup> 1 Ped 4,16: “Si alguien sufre como cristiano, que no se avergüence, sino que glorifique a Dios en ese nombre”.

o despreciadas a causa de sus hechos vergonzosos. El análisis más detallado de los datos disponibles no puede ofrecer ninguna prueba convincente que pudiera hacernos creer que existía una comunidad considerable de personas públicamente conocidas como cristianos en Roma y Ostia<sup>78</sup>. Los cristianos, que probablemente no fueron llamados, ni siquiera conocidos con ese nombre en su momento, apenas constituían un grupo suficientemente distintivo dentro de las comunidades judías de Roma en los años 60 como para destacarse por su propia identidad peculiar<sup>79</sup>, y mucho menos por ser un grupo conocido bajo este nombre y reconocido como tal por los habitantes de la ciudad.

Según B. Shaw no existen razones sólidas para aceptar que los cristianos fueran perseguidos y martirizados por el estado romano en tiempos de Nerón como un grupo especial, ni existen evidencias, contemporáneas o posteriores, que los vincule con el incendio en el año 64 d.C. Parece probable que ciertas personas fueron denunciadas por la plebe romana como responsables de la conflagración. Hay incluso menos argumentos para sostener la ficción cristiana de Nerón como “el primer perseguidor”. Es completamente anacrónico.

El problema que se le plantea a B. Shaw al aceptar a Tácito como historiador no dado a la invención<sup>80</sup>, es explicar la vinculación de la noticia del incendio y la persecución. Supone que después de escribir su obra *Historias* (c. 110), le llegó información de que un nuevo grupo, conocido como cristianos, había sido acusado de haber provocado el fuego del 64 d.C. Tácito tuvo a su disposición, en fuentes orales o escritas, lo que él creía que era una base convincente para aceptar las historias que relacionaban a los cristianos, Nerón y el fuego de Roma<sup>81</sup>. Manifiestamente, hubo

<sup>78</sup> B. D. Shaw, “The Myth” 90.

<sup>79</sup> Véase la crítica en Ch. P. Jones, “The Historicity of the Neronian Persecution: A Response to B. Shaw”, *New Testament Studies* 63 (2017) 151s.

<sup>80</sup> B. D. Shaw, “Response to Christopher Jones: The Historicity of the Neronian Persecution”, *New Testament Studies* 64 (2018) 231-242, considera el escrito de Tácito como un texto fijo en una forma relativamente permanente, sin tener en consideración la transmisión del texto y los manuscritos tardíos conservados (p. 233).

<sup>81</sup> Id., “The Myth” 97. Partes provenían de registros escritos sobre el fuego y recuerdos orales; otras, del conocimiento contemporáneo de los administradores imperiales sobre un grupo tan identificable y amenazante, y otras fueron fuentes contemporáneas que vinculaban a los cristianos con Nerón.

dos desarrollos que tuvieron lugar antes de que escribiera Tácito, hacia la primera década de los años 100. Una era la creciente conciencia de los altos cargos romanos, especialmente aquellos que se enfrentaban a los cristianos en las audiencias judiciales, de que había personas denunciadas como cristianos, cuyas ideas y comportamientos se percibían como una amenaza subversiva contra el orden local. El segundo desarrollo fue el crecimiento de una poderosa mitología popular que se centró en el emperador Nerón. No es de extrañar que haya surgido una literatura después de la destrucción del Templo, quizás comenzando ya en los años 70 y 80, en la que se presentó a este emperador como una figura bestial y destructiva. La figura de Nerón de alguna manera había llegado a estar conectada con los cristianos y luego, a su vez, los cristianos estaban vinculados con los culpables que habían recibido castigos severos tras el fuego.

Los escritos cristianos relacionaron a Nerón con la ejecución de Pablo y Pedro en Roma, lo que originaron la imagen de Nerón como el primer perseguidor de los cristianos, como la figura del anticristo. La historiografía senatorial proporcionó a los cristianos la imagería apropiada con la que podían trabajar. Las conexiones fueron casualidad.

## 6. CRÍTICAS A B. SHAW<sup>82</sup>

Este historiador ha individuado e identificado los problemas que plantea el intento de armonizar el texto, supuestamente fidedigno, de Tácito con el informe de otros historiadores (Seutonio y Dion Casio) y los escritos antiguos cristianos que no mencionan el fuego como motivo de la persecución. Su hipótesis de cómo obtuvo Tácito la información acerca del grupo de seguidores de Jesús como los supuestos culpables del incendio es especulativa, sin tener ninguna base en textos. Además, traslada el problema a los escritos o fuentes orales que no tenemos, y que Tácito pudiera haber empleado. Difícil será explicar cómo se relacionó la figura de Nerón con los cristianos, y ante la falta de una mejor explicación de su tesis, aboga que la 'causalidad' fue el origen de las conexiones.

<sup>82</sup> Ch. P. Jones, "The Historicity" 146-152.

Tal vez tengamos que ser más cautos a la hora de otorgar una credibilidad ciega al historiador romano Tácito. Los *Anales* de Tácito se compusieron unos cincuenta años después de los eventos que describe. Varios autores consideran que es más probable que el informe de Tácito sobre el incendio de Roma refleje, en parte, su propia situación del año 115, siendo testimonio de una creciente animosidad popular hacia los cristianos en el segundo siglo<sup>83</sup>, pero tal vez no proporcione una descripción precisa de la persecución en el siglo I.

A las objeciones presentadas por el profesor de Princeton referentes a la conexión del fuego y la persecución, han respondido en un artículo sugerente Birgit van der Lans – Jan N. Bremmer, quienes aducen que el silencio de Plinio, Suetonio y Dion Casio se explica porque el principal interés de estos autores era la responsabilidad de Nerón por el fuego. La culpabilidad del emperador es el marco interpretativo dominante en los relatos descriptivos del fuego en Suetonio (*Ner* 38) y en el epítome de Dion Casio (LXII, 16-17). Mientras que sus relatos difieren en detalles concernientes a la evolución del incendio y a las acciones específicas atribuidas a Nerón, ambos enfatizan los efectos devastadores de la conflagración en la ciudad y su gente y la culpabilidad del príncipe. La mención de Suetonio del castigo contra los cristianos (*Ner* 16,2) separado del fuego se debería, como ya había sugerido J. Beaujeu<sup>84</sup>, a su práctica biográfica de dividir su material en actos intachables y encomiables por un lado, y actos vergonzosos y criminales por el otro. Su relato plantea la posibilidad de que estos no fueran eventos desconectados o, en cualquier caso, para los historiadores romanos, además de Tácito, el papel de los cristianos no constituía un elemento relevante de los acontecimientos. Sin embargo, si se descarta por completo su castigo en el año 64, resulta difícil explicar cómo, cuándo y por quién Nerón llegó a ser identificado como perseguidor de cristianos<sup>85</sup>.

<sup>83</sup> C. R. Moss, *The Myth of Persecution. How Early Christians invented a Story of Martyrdom*, New York 2013, 139.

<sup>84</sup> J. Beaujeu, *L'Incendie* 75: "Si la mention de la persécution et le récit de l'incendie figurent chez lui en deux endroits différents, cela peut provenir uniquement de sa méthode d'exposition qui consiste à énumérer les actes de chaque empereur classés en deux catégories, d'abord les bons... ensuite les mauvais".

<sup>85</sup> B. van der Lans – J. N. Bremmer, "Tacitus" 303-304.

Igualmente critican el supuesto “anacronismo” de la etiqueta “cristiano”<sup>86</sup>. El concepto “cristiano” fue de hecho una designación posterior, quizás acuñada por las autoridades romanas en Antioquía, que fue asumida por los propios cristianos solo de forma gradual<sup>87</sup>. La descripción de Tácito de *chrestiani*<sup>88</sup> como una superstición funesta se basa en las primeras percepciones del siglo II acerca del nuevo movimiento, especialmente en el conocimiento que pudo haber sido intercambiado entre él y su amigo Plinio el Joven (88-89, 91-92). La forma, tanto el uso de la terminología como las percepciones, en que Tácito, Suetonio y Plinio caracterizan a los cristianos refleja el “discurso público” de comienzos del siglo II, y no puede proyectarse a la percepción de mediados del primer siglo. Sin embargo, eso no es óbice, ni refuta que el fenómeno social del grupo de seguidores de Jesús existiera en ese momento. En otras palabras, incluso si las víctimas de Nerón no fueron etiquetadas como cristianas, no se sigue que no fueran seguidores de Cristo.

La carta a los romanos claramente refleja la existencia de un grupo, que tenía a Jesús como elemento central de su identidad colectiva y existió en Roma a mediados del siglo primero. Si este grupo se considera “suficientemente distintivo” (89) para ser identificado por las autoridades o por el vulgo como posibles incendiarios depende de los criterios que empleemos. Un grupo social no necesita ser particularmente grande o bien conocido para ser sujeto de un rumor popular y ser señalado para el castigo. En situaciones de crisis social y económica, como la engendrada por el gran fuego, incluso los grupos pequeños y normalmente poco llamativos pueden convertirse en el centro de los llamados pánicos morales.

<sup>86</sup> Id., 304-305. Para el origen complejo y el desarrollo del nombre Id., 319-323; Ch. P. Jones, “The Historicity” 149-151.

<sup>87</sup> El término “cristiano” como designación privilegiada despegó lentamente y no llegó a ser ampliamente utilizado antes de la segunda mitad del siglo II. Su aparición es especialmente frecuente en obras dirigidas a ajenos al movimiento cristiano, ya sean gentiles (Aristides, Diogneto y Atenágoras) o judíos (Justino). Antes de esa época, los cristianos usaban otros términos para designarse a sí mismos, como “el camino”, “los creyentes”.

<sup>88</sup> La escritura de *christiani* no era desconocida a los coetáneos de Tácito, pues Plinio escribió *christiani* en su carta a Trajano (X, 96) y 1 Pedro también emplea el vocablo Χριστιανός. Ese hecho lleva a pensar a B. van der Lans – J. N. Bremmer que Tácito haya derivado su *chrestiani* de una fuente más antigua, tal vez de las *Historiae* de Plinio.

Sugere me parece la propuesta que hacen estos autores a la hora de explicar la función que tiene el relato de Tácito sobre los cristianos en la narrativa del gran fuego y al que ya hemos aludido en el primer epígrafe. El objetivo literario de Tácito o la estructura narrativa, que menciona la persecución de los cristianos en relación con el gran fuego, demuestra que su descripción representa una etapa en su análisis del declive del gobierno de Nerón a medida que se desarrolla la narración del desastre del fuego. Para Tácito, este paso se centra en la pérdida gradual de la aceptación de Nerón entre la plebe urbana. En la crisis del fuego, las demostraciones de generosidad imperial, así como sus intentos de apaciguar a los dioses, fallaron a la hora de disipar los rumores de su responsabilidad. Incluso, el castigo espectacular de un grupo despreciado de personas no logró provocar expresiones de aceptación. La fascinación de Tácito con la pérdida de popularidad por parte de Nerón explica por qué está tan interesado en la conexión entre el castigo de los cristianos y el gran fuego, mientras que está ausente de otras fuentes que no compartieron este interés<sup>89</sup>.

¿Recordaron los primeros cristianos la persecución de Nerón según lo relatado por Tácito o solo construyeron una tradición en tiempos posteriores, como argumenta B. Shaw? No es fácil determinar las causas que nos ayuden a comprender por qué las primeras fuentes literarias cristianas guardan silencio sobre la persecución de Nerón contra los cristianos a causa del fuego. Se han ofrecido diferentes explicaciones, pero ninguna totalmente satisfactoria.

Que los autores cristianos, quienes siguieron selectivamente las fuentes anteriores, no mencionen la inculpação imperial de los cristianos a causa de la conflagración, podría deberse a que pudiera suscitar dudas sobre su posible implicación en el incendio y desviar la atención de su castigo, supuestamente solo por ser cristianos. Así, para B. Segura, sería fruto del interés por poner de relieve exclusivamente el valor y la fe de los mártires: los autores cristianos omiten la vinculación porque deseaban dar a entender que los cristianos morían exclusivamente por su fe<sup>90</sup>. Por su parte, Jorge Cuesta Fernández considera más bien

<sup>89</sup> B. van der Lans – J. N. Bremmer, “Tacitus” 311.

<sup>90</sup> B. Segura Ramos, “Tácito” 451.459.

motivos políticos y la prudencia de los cristianos, la que aconsejaba guardar silencio: “La ausencia de información vinculada al Gran Incendio del año 64 en las fuentes neotestamentarias y apostólicas podría explicarse en la fama póstuma de Nerón, lo que dificultaría la consideración de este emperador como un perseguidor abiertamente, sobre todo desde el seno de las comunidades cristianas a la sociedad romana. Muchos se regocijaron de la muerte de Nerón, pero hubo otros que honraron su memoria, adornando su tumba con flores”<sup>91</sup>.

J. Beaujeu explica la falta de conexión entre ambos acontecimientos por existir un intervalo demasiado largo de tiempo entre el incendio y la persecución de los cristianos, debido, quizá, a que el gobierno de Nerón tomara otras medidas más urgentes como las de tipo económico o de carácter social y religioso. Ello exigiría un período de tiempo relativamente largo al que hay que añadir el plazo comprendido entre la persecución y el de los procesos y ejecuciones<sup>92</sup>.

Es posible que los *Anales* de Tácito no hayan sido conocidos por los escritores cristianos, pues tuvieron poco impacto en las generaciones inmediatamente posteriores. El emperador del siglo III con el mismo nombre, Marco Claudio Tácito (275-276), supuestamente imaginó que era descendiente del historiador y ordenó que se hicieran diez copias anuales de sus obras para rescatarlo de la negligencia (*incuria*) de los lectores. Estas copias estaban destinadas a las bibliotecas públicas<sup>93</sup>. A lo largo del resto de la antigüedad clásica, solo hay referencias dispersas a las obras de Tácito<sup>94</sup>.

Las explicaciones expuestas son diversas. Una cosa es clara. La veneración de los mártires cristianos no comenzará en Roma

<sup>91</sup> J. Cuesta Fernández, “El cristianismo primitivo ante la civilización romana. Sobre la imagen como ‘persecutores christianorum’ de Nerón y Domiciano a través de las primeras fuentes cristianas”, *Antestoria* 1 (2012) 127-141, aquí 135.

<sup>92</sup> J. Beaujeu, *L’Incendie*.

<sup>93</sup> *Scriptores Historiae Augustae (SHA)*, Tácito 10.3: “Cornelium Tacitum, scriptorem historiae Augustae, quod parentem suum eundem diceret, in omnibus bibliothecis conlocari iussit. necl lectorum incuria deperiret, librum per annos singulos decies scribi publicitus in evicos archi<i>s iussit et in bybliotheis poni”.

<sup>94</sup> H. W. Benario, “The Annals”, en: V. E. Pagán (ed.), *A Companion to Tacitus* 118.

hasta la segunda mitad del siglo II d.C. Por lo que durante el siglo I, la comunidad cristiana romana no parece haber tenido mucho interés o medios para recoger y transmitir relatos o memorias descriptivas de sus primeros mártires, tal y como se constata por la ausencia de narraciones detalladas acerca del martirio de Pedro o la muerte de Pablo, aunque sabían que habían fallecido en la metrópoli del imperio. No nos debe extrañar, pues, que mostraran menor interés por recabar las circunstancias históricas externas de la persecución neroniana.

## 7. CONCLUSIÓN

El breve informe de Tácito es uno de los documentos más antiguos provenientes de la pluma de un historiador romano concerniente a los seguidores de Jesús, por lo que constituye un documento valioso. No obstante, el texto ha sido siempre objeto de estudios y controversias apasionadas al presentar una oscura y difícil interpretación, en gran parte debido a la construcción de su sintaxis. Por este motivo se han planteado numerosas hipótesis a lo largo de la historia de la investigación. La contribución de B. Shaw, cuyos puntos centrales ya habían sido presentados por otros autores decenios antes, forma parte de esta historia de la investigación que pretende arrojar luz sobre unas sombras de difícil solución. Por desgracia, Tácito no es todo lo preciso que uno pudiera desear. No queda claro cómo se ha iniciado ni concluido la supuesta “solución del problema” neroniano en los laberintos del aparato gubernamental y muchas de las cuestiones que plantea el texto son difíciles de solucionar.

Tras la lectura de varias propuestas, considero que dos opciones tienen visos de ser más plausibles. En primer lugar, que en el texto actual de Tácito contenga dos tradiciones independientes, una de ellas referente al incendio de Roma, los rumores surgidos sobre la participación del emperador en el fuego y las medidas materiales y religiosas tomadas por Nerón para paliar el desastre, así como la actividad policial que investigó si el fuego había sido provocado con el objeto de acabar con los rumores de la plebe contra Nerón. A ese relato del fuego se le añadiría la tradición independiente acerca del ajusticiamiento de algunos seguidores de Jesús por parte de las autoridades imperiales en Roma, tal y

como se constata en la tradición cristiana antigua. Ambos acontecimientos tuvieron lugar en fechas próximas o incluso los supuestos culpables del incendio y algunos seguidores del galileo fueron ejecutados conjuntamente, aunque por motivos diferentes. Si esta combinación de tradiciones fue obra de Tácito o ya se encontraba en sus fuentes de información, es más difícil de dilucidar<sup>95</sup>. En su informe, el historiador romano incluiría algunos elementos propios de su época acerca de los cristianos. Tal vez, la acusación de misantropía (“odio al género humano”) vertida contra los cristianos constatable en los primeros decenios del siglo II y la misma acusación de misantropía contra Nerón que contiene Plinio el Viejo, colaboró a la vinculación entre el suceso del fuego y los cristianos<sup>96</sup>.

La otra opción, por la cual me inclino, es seguir, en líneas generales, el informe de Tácito, aunque reconociendo que permanecen algunas cuestiones que son difíciles de precisar. Los textos expuestos permiten constatar la existencia del fuego en el año 64, a pesar de que algunos autores coetáneos del mismo no lo mencionen. Muy posiblemente tuvo un origen accidental, a causa de alguna negligencia humana, como tantos otros, no solo en Roma sino en otras ciudades de la Antigüedad, y sin que Nerón tuviera parte activa en él. Probablemente era el menos interesado en provocarlo, pues ya tenía la experiencia reciente del fuego de Lyon. Debido a sus catastróficas dimensiones y a la difícil situación que atravesaba el Imperio, la conflagración adquirió connotaciones sociales y políticas, por lo que pronto circularon rumores entre la plebe de que el mismo Nerón había instigado el incendio. Si el emperador era incendiario, entonces era un enemigo declarado

<sup>95</sup> También se ha propuesto que fuera durante la transmisión del texto cuando esta combinación de tradiciones hubiera tenido lugar. Ya a comienzos del siglo XX, A. Profumo, *Le fonti ed i tempi dell' incendio Neroniano*, Roma 1905, proponía que el relato referente a la comunidad cristiana fuera una interpolación realizada en el siglo IV d.C.

<sup>96</sup> Esta frase se refiriera a una idea de *misanthropía*, en el sentido usado por la terminología ciceroniana (Cic. *Off* 1,29), como una comunidad de gentes separadas del resto de la sociedad y con el deseo de incomunicación con la misma. Quizá este alejamiento fuera uno de los principales motivos de su desconocimiento real y de ser considerados como individuos peligrosos y sus prácticas abominables. Acusación semejante versa Tácito, *Historia* V 5,1s (*sed adversus omnes alios hostile odium*) contra los judíos, la cual vendrá empleada para los cristianos en los *Anales* (*quam odio humani generis convicti sunt*).

de la convivencia humana civilizada, enemigo del pueblo romano y de los dioses. Por consiguiente, merecía el castigo estipulado para los incendiarios, a saber, que fuera arrojado a los animales salvajes o quemado en la arena. Este rumor socavó la aceptación del emperador hasta tal punto de que fue el primer emperador romano derrocado en la conciencia popular. El vulgo consideraba que si el César había realizado ese hecho execrable, tendría algún motivo para ello, pues se oía que tenía la intención de fundar de nuevo la ciudad y otorgarle su nombre, lo cual hacía creíble el rumor.

El hombre más poderoso del imperio Romano no pudo imponer su versión de la catástrofe y prevaleció la versión de la plebe, incluso entre las clases elevadas. Al menos, varias personas implicadas unos meses más tarde en la conjura de Pisón y muy cercanas al emperador (Lucano, Subrio Flavio), consideraron a Nerón culpable de incendiario. Si los conspiradores de Pisón ya estaban maquinando su conjura y deseaban dañar la reputación del César, el fuego constituía un arma perfectamente adecuada para este propósito.

Se buscaron culpables del incendio. Tal vez, algún seguidor de Jesús se encontraba preso a la espera de juicio por otras cuestiones desconocidas, pero sin relación con el fuego, o alguno fue arrestado durante las operaciones de extinción de incendios. Al mismo tiempo que se ejecutaron a los presuntos incendiarios, también ajusticiaron a seguidores de Jesús, de tal forma que las circunstancias unieron sucesos que no estaban conectados en su origen. Pero la verdad es que desconocemos qué sucedió realmente y solo podemos especular. Tácito tampoco es claro de que se acusara de forma concreta y formal a la comunidad cristiana. El historiador afirma que fueron arrestados quienes confesaban (*Primum correpti qui fatebantur*), pero ¿qué delito? ¿La admisión de la culpabilidad por el fuego o la participación en ritos cristianos? Por otra parte, no es muy precisa a nivel jurídico la frase *Ergo, abolendo rumori, subdidit reos*. En principio, la palabra *reos* no significa culpable, sino, acusado. Sin embargo, esta frase es, sin duda, la que más podría relacionar, en su caso, el incendio de Roma y la inculpación a la comunidad cristiana. No obstante, no considero que los seguidores de Jesús estuvieran implicados en el incendio, sino que fueron sacrificados por motivos de “utilidad

pública”, como tal vez fueron sacrificados otros presos condenados por otros delitos.

Suetonio y Dion Casio no recogen esta tradición de los cristianos vinculados al fuego, pues no se encontraba en la agenda de sus intereses, sino que pretendían resaltar la responsabilidad de Nerón por la conflagración. La persecución de los cristianos en Tácito tenía la función de mostrar que no logró provocar expresiones de sentimiento y aceptación de la plebe, ni acalló los rumores. Solo la vinculación de los cristianos con el castigo propiciado por Nerón explica por qué llegó a ser identificado como perseguidor de los cristianos.

Así, la tradición cristiana conservó la imagen de Nerón como hostigador y perseguidor, probablemente porque, durante su gobierno, Pedro fue ajusticiado en Roma, aunque desconocemos el motivo de su muerte. Por regla general, los incendiarios de clase humilde eran arrojados a las bestias salvajes o quemados, por lo que la crucifixión de Pedro tal vez no estuvo conectada con el fuego. Las circunstancias concretas de la muerte de los mártires y las causas de la misma no se recogen en los textos cristianos hasta que surge el culto de los mártires. Por este motivo, tampoco tenemos relatos descriptivos antiguos de la muerte de Pedro y Pablo en Roma. No es de extrañar que la tradición del fuego quedara totalmente en el olvido, ni quedara recogida en las fuentes cristianas hasta época muy tardía, cuando Sulpicio Severo tuvo acceso a la obra de Tácito y popularizó en ámbitos cristianos la narración taciteana.